

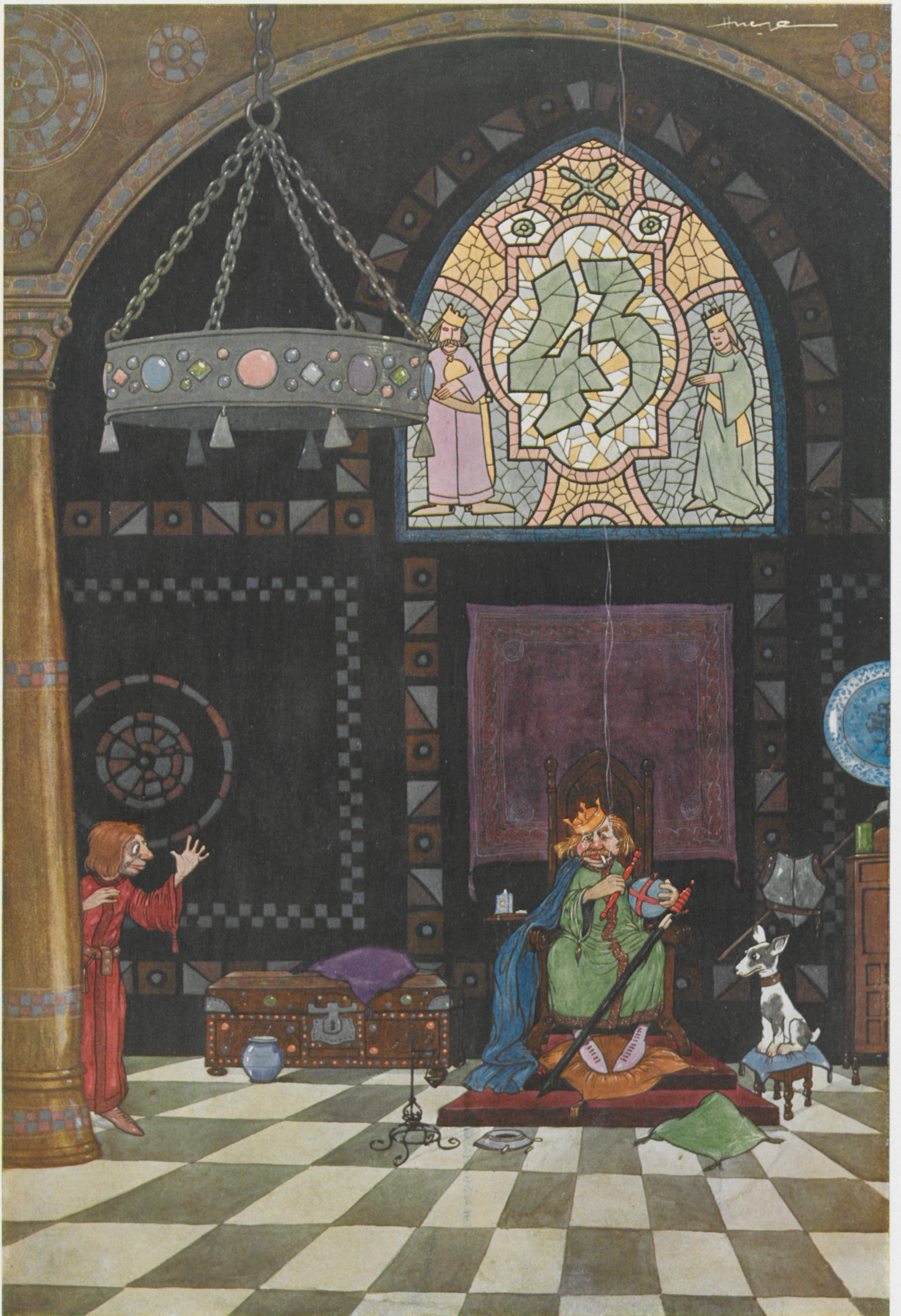


Ply
Vltra

1818



1918



LA CABALLERIA NORTEAMERICANA

Hasta hace pocos años, la opinión pública sólo reconocía el título de centauro, es decir de perfecto jinete, a los cosacos y a los árabes. Cada vez que se hablaba de caballería guerrera, el vulgo hacía lenguas de la habilidad del habitante del Don, o del salvaje hijo del desierto africano. Las «sotnias» cosacas y las «mías» marroquíes eran, según ese lugar común de las conversaciones bélicas, las únicas capaces de hacer maravillas ecuestres.

Nadie se acordaba de nuestros gauchos, de los «rotos» chilenos, de los mejicanos ni de los pieles rojas. El cetro de la equitación lo empuñaban aquellos habitantes de Europa, Asia y Africa.

Pero bien pronto, las revistas comenzaron a destruir esta leyenda, revelándonos que en numerosos países existen escuelas de equitación superiores a la cosaca y a la árabe.

Italia, Portugal, Francia, España, Suecia y Noruega en Europa poseen regimientos de caballería capaces de disputar el puesto de honor. En América, los jinetes norteamericanos, peruanos, chilenos y mejicanos tampoco se quedan atrás en el arte de unir la equitación a la acrobacia. Y nada diremos de nues-

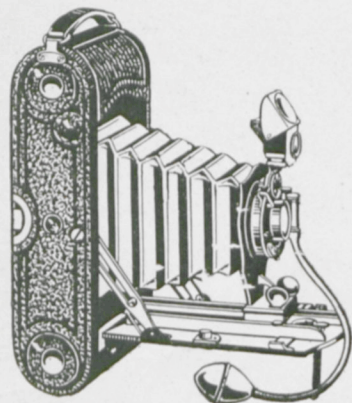


tros escuadrones que han demostrado hallarse en condiciones de dominar admirablemente su espléndida caballada.

Lo mismo sucede en Estados Unidos de Norte América. El cow-boy del Far Westes un jinete difícilmente superable. Bien lo hemos visto en las películas cinematográficas que han extendido por el mundo la fama de esos rudos cabalgadores. Para ellos no hay ejercicio ni proeza que no sea posible. Poseen la vocación del oficio; saben amansar y educar como el mejor de los picadores de circo. El caballo en su poder no pierde el ímpetu ni la audacia, obedeciendo al jinete a la más ligera señal de las riendas, de las rodillas, de la voz. De este modo se hallan habilitados para realizar ejercicios de agilidad francamente temerarios. Véase sino la hermosa fotografía que reproducimos. Parece que el objetivo ha sorprendido el momento en que un caballo desbocado se alza sobre los cuartos traseros y va a caer de espaldas aplastando al jinete. Pero en realidad, el caballero ejecuta una prueba de acrobacia que termina haciendo girar al bruto que vuelve tranquilamente a recobrar su cuadrúpeda posición.

Lutz, Ferrando y Cía.
Florida, 240 - Buenos Aires

*Variado surtido de Kodaks
y cámaras de todos los modelos y tipos más prácticos.
Especialidad en toda clase de trabajos para aficionados.*



Muebles antiguos
J. Gréciet & Cía.
Suipacha 245



Pidan presupuesto

31 Central,
Cooperativa.
2566, Libertad,
Unión Telefónica.

UNA NOTABLE ORQUÍDEA

Este ejemplar de Wanda Lo-wii es el más notable de cuantos hasta ahora se han logrado obtener. Y eso de constituir algo raro entre las orquídeas, supone dificultades sinnúmero. Las orquídeas forman cinco mil especies repartidas en trescientas treinta y cuatro familias, además de las que la paciencia de los aficionados descubre.

Un coleccionador de orquídeas es un ser que debe contar con un enorme capital y una devoción admirable. Claro es que cualesquiera aficiones cuestan mucho dinero y una suma de energía digna de mejor empleo. Además téngase en cuenta que las colecciones, como el infinito, no tienen límites, querer encerrar en cajas, invernaderos, vitrinas, etc., todas las variedades, es una empresa imposible.

Los «orquideófilos» impenitentes, aquellos que se pasan la vida entregados a la tarea de reunir ejemplares y ejemplares, son tal vez, sobre todos los coleccionistas, los más devotos, los más encarnizados. Su afición raya en la monomanía, o es una forma de esa enfermedad.

Hay un cuento de Enrique Conscience, «El aficionado a las dalias», en el que se describe de mano maestra el tipo de coleccionista floricultor. El protagonista de la narración llega a pelearse seriamente con un rival, estando a dos dedos del crimen, amén de encontrarse a punto de destruir la felicidad de su hija; todo porque supone que aquél ha destruido un tubérculo de



una especie de dalia rarísima.

Parece ser que cuanto más suave y espiritual es el objeto a coleccionar, mayor y más furiosa resulta la monomanía.

No sabemos hasta dónde puede llegar un filatelista que persigue la más difícil de las estampillas; pero debe suponerse que le parecerán pocos todos los sacrificios. Pues bien; el hombre que ama las flores, las flores extrañas, exóticas, las que nadie tiene, las que pueden ocasionar la envidia ajena y satisfacer la vanidad propia, resulta capaz de lo imposible. Aquel que daba las reglas a que debe sujetarse el bibliófilo para robar libros podía escribir algo parecido acerca de las orquídeas.

Estas flores, monstruosas como microbios, están repartidas en los climas cálidos y templados. Algunas son fáciles de encontrar; pero éstas no valen nada al lado de las orquídeas que hay que buscar en las regiones tropicales.

Cuando los ejemplares de orquídeas llegan a poder de los coleccionistas, éstos tienen que aclimatarlos en sus invernaderos, pudiendo calcularse que sólo un pequeño tanto por ciento de las plantas llega a sobrevivir al cautiverio, porque la orquídea es salvaje, bravia y, como las razas que viven libres, perece dentro de los límites de la civilización.

Este ejemplar fué cultivado por el doctor Edmundo Fournier, en Neuilly, y es sin disputa el más asombroso de todos los conseguidos hasta el día.

MAPLE y CIA

MUEBLES Y DECORACIONES

HERMOSA
REPRODUCCIÓN
DE UN SOFÁ Y
DOS SILLONES
EN NOGAL TALLADO
ESTILO

«WILLIAM
& MARY»



AGRADECEREMOS SU GRATA VISITA PARA VER LAS NUEVAS HABITACIONES, COMPLETAMENTE AMUEBLADAS Y DECORADAS EN LOS ESTILOS ANTIGUOS

SUIPACHA, 658



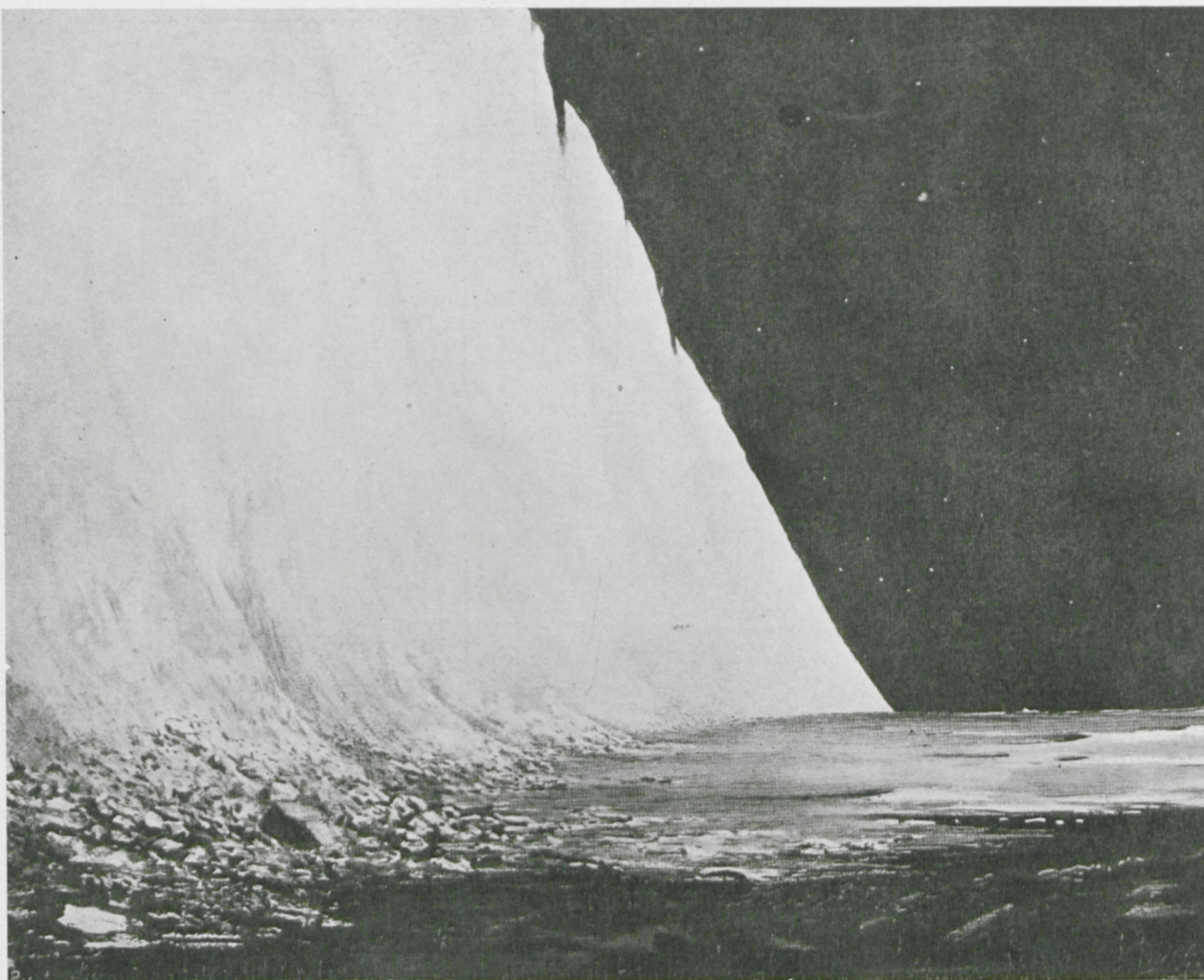
MODELO REGANE. ELEGANTE "ROBE DE SOIRÉE", CREACIÓN ORIGINAL, ESPLÉNDIDAMENTE CONFECCIONADA EN SATÍN WINDSOR, ADORNOS DE TUL Y BORDADO FILIGRANA "ARGENT"; REGIO MANTO DE TUL..... \$ 650.—

THE SOUTH AMERICAN STORES
Gath & Chaves Ltd

ANEXO: Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia.

UN PAISAJE L U N A R

Las alturas lunares se calculan desde la tierra midiendo las sombras de los objetos lunares. Dice sir Roberto Bael: «Los picos de las montañas de la luna hacen grandes y bien definidas sombras, caracterizadas por una precisión que no encontramos en las sombras de los objetos terrestres. La diferencia entre ambos casos tiene por causa la falta de aire en la luna, y aprovechamos la precisión de las sombras para medir las alturas de las montañas de la luna. Del mismo modo, puede medirse la altura de otros objetos lunares, como, por ejemplo, las eminencias que rodean una llanura circular». El hombre de ciencia, casi es innecesario decirlo, se ve mucho más ayudado en sus investigaciones, por la circunstancia de que la luna es, entre todos los cuerpos celestes, nuestro vecino más permanente. Se ha dicho que la superficie de la luna es más conocida de los astrónomos que el interior del Africa por los exploradores.



METROPOL BAZAR

CASA ARGENTINA
U.T. 2432 LIB.

F. STARODOLSKI
340 C. PELLEGRINI



EXPOSICIÓN
DE PORCELANAS
RECIENTE RECIBIDAS
DE LA CHINA Y DEL JAPÓN

EL SURTIDO
ES INCOMPARABLE
// LOS PRECIOS //
// NO ADMITEN //
// COMPETENCIA //



El hogar más feliz es aquel donde no hay enfermedades; donde tanto los padres como los hijos tienen organismos equilibrados y vigorosos.

Iperbiotina Malesci

hace hogares felices, llevando la salud a todos: grandes y niños; hombres y mujeres. Es un preparado poderoso que vigoriza y reconforta.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

M. C. de MONACO

Único Concesionario-Importador para Sud y Centro América: VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

LA MODA EN HARRODS

MODELOS EXCLUSIVOS DE ESTACION



12793



12835



613



12834



12828



12783



12759

12793. — SOMBRERO MUY CHIC, en felpa, copa drapeada, ala cubierta con un precioso bandeau de pluma. Colores azul marino, marrón y negro, a..... \$ **48.—**

613 — SOMBRERO LEVANTADO, adornado con un pouf de aigrette, en negro, a..... \$ **75.—**

EL MISMO MODELO, con imitación aigrette, a..... \$ **55.—**

12835 — ELEGANTE CANOTIER, ala de terciopelo con un pequeño reborde, fondo souple en satin matelassé. En negro, blanco, azul o marrón a..... \$ **38.—**

12828 — PRECIOSA TOCA drapeada en terciopelo negro, azul marino o marrón a..... \$ **30.—**

12783 — SOMBRERITO MUY NOVEDOSO, en terciopelo negro, azul o marrón, adornado con cinta, \$ **20.—**

12834 — MUY BONITO SOMBRERO de satin coulissé, adornado con cinta terciopelo, en negro, azul o marrón, a..... \$ **32.—**

12759 — ELEGANTE TOCA drapeada en felpa, adornada con un grupo de alitas. En negro, azul marino o topo, a..... \$ **35.—**



Harrods

FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554

PLUS ULTRA



SAN MARTIN

AL PIE DEL MONUMENTO A SAN MARTÍN.



O'HIGGINS

El estampido de los cañonazos del Fuerte, haciendo las salvas reales, y el repique general de las campanas de iglesias y conventos despertaron regocijados a los vecinos del Puerto de Buenos Ayres, en la madrugada del 15 de noviembre de 1760.

Al retumbo, gran trajín empezó en las casas del señorío. Corrían presurosos los negros esclavos al imperativo llamado de los amos; uno en ancha jofaina de barro llevaba el agua de la tinaja para las abluciones, otro el encendido velón para alumbrar los aún oscuros aposentos; la mulatilla el mate de leche para la señora, el muleque bozal el amargo cimarrón para el amo; todo ello con mucho griterío, mucha alharaca, repitiendo órdenes, querellándose mutuamente; dando al fin tanta algarabía, bien menguada cosa de provecho. Activábase en las cocinas la lumbre de los fogones para adelantar la hora habitual del yantar, acuciados todos por el deseo de llegar mañaneros a los balcones del Cabildo. Comióse luego a toda prisa y a grandes bocados, sin prestar mayor atención a las viandas servidas.

Salieron a luz aquel día las ropas de ceremonia. Los señores de respeto ataviáronse con casacones abrochados, de falda de mucho vuelo y vueltas grandes; los mozos, más petrimetros, con casaca muy abierta para lucir el rico chupetín de raso; todos con calzón corto y zapato de hebilla. Tocáronse los primeros con peluca francesa de rizos, de uso en el anterior reinado de Fernando VI, y los segundos, con la que imponía la nueva moda, de coleta y lazo, bien rizadas y empolvadas. El espadín de salón, de lujosa empuñadura y el sombrero tricorno, completaban el atavío. Engalanáronse las damas con lujosa vestimenta; enojadas con arracadas de diamantes y ahogadores de perlas; ostentando altos peinados, adornados de flores y pederías, que laboriosamente levantara en sus cabezas el día anterior, el mulato Gabriel, peluquero del señorío. Dama hubo que por no descomponer el castillejo de sus trenzas y moños, durmió sentada la noche entera.

Ya en las casas, que con tal lujo se ufanaban, aguardaba frente al ancho portón la berlina de triple estribo, que en las cocheras reposara todo el año en plácida quietud; en el alto pescante, tieso y grave, el negro ladino sostenía con recia mano el rendaje de las paldas mulas, inquietas por el sonaje de los cascabeles de pretales y colleras.

Bien merecía tantos trajes, tanto acicalarse y el boato de trajes y adornos la ceremonia del día. La Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto Santa María de Buenos Ayres, levantaba pendones por el Rey, proclamando al nuevo monarca S. M. Carlos III.

Grande era la muchedumbre que se dirigía a la Plaza Mayor. Las calles San Carlos, Cabildo, Las Torres, San Martín y Santísima Trinidad, que a ella conducían, eran un hormiguero de gente.

De acuerdo con lo dispuesto por el Cabildo, habíanse enjalbegado los frentes de las casas y engalanado con bastidores, arambles, tapices, damascos, y el ventanaje de flores y farolillos de color. En los tejados gran copia de banderas y gallardetes flameaban al viento, dando la nota de color y de alegría.

Abigarrado conjunto presentaba la multitud en sus tipos, ropajes y arreos. Veíanse allí indios pampas, coyas y tapes guaraníes, de cetrino color, salientes pómulos y torvo mirar, luciendo extraña vestimenta; muleños de las arrias del Tucumán; negros de encrespado pelo, vestidos con pantalón a la rodilla, zamarras de bayeta y calzados con tamangos. Mulatos pretenciosos galleaban, perfumados y engalanados con chillones trajes; vaqueros de la campaña, de negra barba y larga melena, ataviados con botas de cuero sin curtir y chillona rodaja, pantalón corto, cribado calzoncillo y en sus hombros una esclavina, que llamaban «poncho», sustituyendo algunos el pantalón por el «chiripá», manta de paño, a guisa de saya pasado entre los muslos, cuyo uso empezaba a generalizarse.

Circulaban entre el gentío, franciscanos joviales, graves dominicos, barbones bethlemitas, aristocráticos mercedarios; mientras los novicios, escapados por un día a la monacal clausura, retozaban gozosos, a hurto de las miradas de los graves y discretos Padres.



Los de la Compañía de Jesús habíanse retraído, como protesta contra las tendencias liberales del nuevo monarca, quien, asegurándose, era de ellos enemigo.

Crecía el tumulto, la grita y el bullicio al aproximarse a la Plaza, bregando el populacho para abrirse paso. Dos beatas con hábito de la Compañía, sotana negra, toca y manto, pugnaban por escapar a las soeces zumbas y bellaquerías de una taifa de picares, a los que hacían coro varias desvergonzadas cuarteronas, que lucían muy garbadas, pollera de vuelta angosta con muchos farallás, mantilla de tafetán doble, pesados zarcillos en las orejas y un gran manojo de rojos claveles en el pelo.

Daban una nota de color algunos mamelucos paulistas con sus chillonas bombachas de angaripola, formando corrillo con un grupo de «gauderios» de allende el Uruguay.

Graves y circunspectos, serios castellanos se apartaban del populacho, terciadas, a pesar de la calor, sus luengas capas de vuelta entera y cubiertos con aludos sombreros, prendas ambas que presto reformadoras pragmáticas del nuevo monarca iban a reducir en largo y amplitud.

Negros pasteleros pregonaban con chillones gritos su mercancía: aceitunas aliñadas con picantes, empanadas, roscas de maíz, alfajores y alfeñiques; otros ofrecían refrescos, limonada, vinagrillo y horchata; mientras al tranco de sus caballos iban los fruteros con árganas repletas de naranjas, que mercaban con afán, golosos, los rapazuuelos.

Pero el chusmerío daba su preferencia a las pulperías; el consumo de vino, chicha y aguardiente, que aunque fuera resacado no hacía mella en sus curtidos gástricos, pugnaba la fuerza de su realismo; vaciábanse con presteza los odres y botijos que el pulpero abría presuroso, mientras avizoraba a la pícaro clientela, lista para hurtar el cuerpo al pago, que en ese día no se bebía al fiado por tarja, sino real en mano.

En los huecos y esquinas habíanse improvisado bodegones, donde se asaban castañas, chorizos, chinchulines y pedazos de lechón y freíanse buñuelos y pasteles, apestando el ambiente el tufo de grasa y aceite frito.

Toda la población de Buenos Aires y sus pagos aledaños, habíase reunido en la Plaza; desde los del «Barrio Recio», con fama de barraganes y contrabandistas, hasta los del «Alto de San Pedro», pendencieros y cuchilleros. Del Pago de los Montes Grandes de San Isidro, de la Cruz de los Quilmes y de la Guardia de Luján, a pie, a caballo, en mula, en carretillas y en carretas, habían acudido a las fiestas, que formaban época en la monótona vida de la ciudad.

El polvo levantado por millares de pies y el fuerte sol, empezaban a convertir en asfixiante el ambiente, aturdiendo el estrépito de los cohetes, tronantes y montantes, que al reventar en el aire, llevaban al colmo el loco bullicio de la multitud.

NARRACIONES COLONIALES PENDONES POR EL REY.

Rebosante de damas y caballeros estaban los salones y balcones del Cabildo. Talento, nobleza, señorío y riqueza estaba allí representado por toda la gente hidalga, de abolengo y adinerada de Buenos Ayres; dignatarios, prelados, magistrados, cabildantes, militares y comerciantes.

Restaba brillo a las ceremonias en tan auspicioso día la ausencia del Gobernador, general don Pedro de Ceballos, a quien retenía en Misiones el desenredo del malhadado «Convenio de Permuta» que diera origen a la sangrienta «Guerra guaranítica», y la del Obispo don José Antonio Bazurco, a quien grave dolencia, de que falleció pocos meses después, postraba en el lecho.

Entre la aristocrática concurrencia del Cabildo, distinguíase al Marqués de Valdelirios, de paso en Buenos Ayres en su regreso a España. Comisionado por el Ministro Carballo para la ejecución de la entrega de los pueblos de Misiones al Portugal, su actuación muy discutida, fué contrarrestada por la enérgica y patriótica de Ceballos, quien logró al fin hacerlo retornar a España. A su vera formábanle corte los enemigos de Ceballos, Hilson, Viana, Maziel.

Veíanse en los salones al Teniente Rey don Alonso de la Vega, al Alférez Real don Gerónimo Matorras, a don Francisco Rodríguez de Vida, Alcalde de primer voto, al de segundo don José de Iturriga y a los Alcaldes Ordinarios don Juan de Lezica y don Marco José de Riglos; diputados Alvarez, Campana y Bartolomé Quiroga.

Citábanse los nombres de López Osornio, Moreno y Argumosa, Belgrano y Peri, Lerdo de Tejada, Tocornal, Ramos Mexía, Irigoyen, Aguirre, Sánchez Larrea, Obligado, Pinedo, Osorio, Cárdenas, Azcuénaga, Aldao, Bustillo, Urien, del Pino Sarate, Mansilla, Warnes, Basavilbaso, Alzaga, Vera y Aragón, Gainza, Velasco, Quintana, Ortiz de Rozas, Rivarola, Salas y Maestro de Campo don Juan de San Martín. En representación del Cabildo de Montevideo había concurrido el Alguacil Mayor don Bartolomé Mitre.

Por su ilustración y talento señalábanse los doctores Baltazar Maziel, Claudio Rospigliosi, José de Andújar, José Carrancio, Benito González Rivadavia, Baltazar Sorroa, José Manuel de Labarden y Fray Pantaleón García.

En los balcones agrupábanse las familias de Altolaguirre, Escalada, García Pasos, Otárola, Díaz Vélez, Balbastro, Ibáñez, Barragan, Arana, Gálvez, Agüero, Castellanos, Zamudio y Orbe.

A las tres de la tarde salió del Cabildo el Teniente Rey, en representación de Ceballos, rodeado de los Alcaldes y Regidores, precedidos por los maceros y escoltado por el Cuerpo de Dragones.

La casa del Alférez Real, a donde se dirigió el cortejo en busca del Real Estandarte,

estaba lujosamente paramentada; ricas colgaduras de damasco carmesi y artísticos bastidores cubrían su frente, levantándose en la portada un elegante arco de flores y banderas. En el patio dos retablos, con los retratos del Rey y la Reina, y bajo regio dosel recamado de oro, con guardia de honor, el Real Estandarte.

Apeóse al llegar el Regidor Decano y tomando el Estandarte hizo de él entrega al Alférez Real, con el ceremonial de práctica. Púsose entonces en marcha el cortejo, entre el ruido ensordecedor de trompas, clarines y atabales. Encabezaban el desfile los Dragones a caballo, espada en mano y los maceros del Cabildo con rojas dalmáticas, gorra de terciopelo y al hombro la maza de plata. Seguían de dos en dos los vecinos más expectables, montados en briosos y bien arreados caballos, luego los Regidores: Mantilla, Esparza, García Zúñiga, Azcuénaga, Bustamante, Castro, Castillo, Quintana y Ramos.

Rodeado por una Guardia de honor, iba el Alférez Real, en un magnífico caballo, enjaezado con bridas de seda, tapafunda, mandil de borlas, gualdrapa de brocado; todo bordado con pasamanería de oro y plata. Bizarramente llevaba el Estandarte, del que a su vera, los dos

alcaldes tenían las borlas; cerraba el cortejo otro escuadrón de Dragones.

De esta guisa siguióse la marcha hasta la plaza Mayor, acompañados por el griterío de la entusiasmada muchedumbre. En el centro de la Plaza habíase levantado vistoso tablado, tapizado con alfombras y adornado con banderas y gallardetes. A él subieron el Alférez Real, Regidor Decano y los Alcaldes junto con el Escribano del Cabildo. Sonó breve el clarín, a cuyo son hizo el silencio; tremoló el Alférez el Estandarte, proclamando tres veces:

«Castilla y las Indias por el Rey Carlos III». Atronó el espacio ensordecedor ruido: salva de los cañones del Fuerte, redoble de atabales, clarines y trompas, repique de las campanas, estampido de cohetes, bombas y morteros y el griterío y clamoreo del pueblo, más excitado aún con el reparto de medallas, a puñados arrojadas desde el tablado.

Púsose de nuevo en marcha el cortejo en el orden anterior, repitiéndose la proclamación frente a San Ignacio, Hospital, San Francisco, Santo Domingo y la Merced. Después de cantarse un solemne Tedéum, retornaron a la casa de Matorras, donde quedó depositado el Estandarte.

Por la noche hubo luminarias y candeladas en la Plaza y calles. El frente del Cabildo semejava, al decir de la gente, una ascua de oro con sus miles de candelas. Quemáronse vistosos fuegos de artificio; castillos de luces, combates navales, rodantes, batafuegos, montantes, girándulas y tronantes y en los arrabales fogatas de alquitrán.

Para regocijo del pueblo fueron los festejos en los siguientes días: corridas de toros, juegos de cañas y sortijas, paseo de gigantes y enanos, danzas, estafermos, botargas, cucaña, palmas, alcancía y fandangos de negros.

Gran prueba de su lealtad dieron los gremios con sus cabalgatas: el de plateros paseó un artístico castillo y una falúa tripulada por seis niñas vestidas de marinero; los carpinteros organizaron una vistosa mogiganga a caballo; los sastres una mascarada en un carromato triunfal; los zapateros una burlesca encamisada con orquesta.

Para el señorío hubo comedias y óperas en los salones del Fuerte y del Cabildo, donde se levantaron teatros, decorados con tapices e iluminados profusamente con faroles y hachas de cera. Destacábanse a ambos lados del escenario doradas tarjas con versos alusivos al acontecimiento.

Dieron digno remate a las fiestas, el sarao de don Agustín de Pinedo y el banquete de noventa y seis cubiertos que dió don Gerónimo Matorras, que terminó en un gran baile, en el que hicieron los honores doña Manuela Larrazábal su esposa y su hija María Juana.

No fueron olvidados el poverío y los desgraciados; dióse al primero un popular y abundante banquete y a los presos de la cárcel una gran comida.

Grande y perdurable recuerdo dejaron los festejos de la proclamación en la memoria de los tranquilos habitantes de la porteniza ciudad.

DIBUJO DE FORTUNY.

B. J. MALLOL.



La Comunión de las enfermas



Con el Dr. González

IMPRESIONES Y CONFIDENCIAS

Detrás de las pintorescas barrancas de Belgrano, en una mansión sencilla y moderna, tiene su «home» el doctor Joaquín V. González; esa es «la escondida senda» del talentoso autor de *Mis Montañas* y *La Tradición Nacional*.

Allí fui a verle, días pasados, y mientras esperaba su persona en el interior de un pequeño gabinete de estudio, mi vista empezó a vagar por el mobiliario y la habitación... Dos cosas me llamaron la atención, un busto bronceado de Voltaire, sobre el escritorio, y la ventana que, frente a éste, dejaba penetrar la luz de la calle.

¡Voltaire! me dije... ¿Por qué Voltaire?... ¿Será el doctor González un íntimo admirador de la doctrina de aquel genial filósofo escéptico?... Yo sé que no se tiene impunemente un busto de Voltaire encima de una mesa de trabajo: hace años que tuve uno, en tal sitio, y sufrí el contagio de su risa sarcástica hasta el punto de que por ahí anda un artículo mío titulado *Fuentes perdidas*, en que es bien visible la influencia del rictus volteriano sobre mi ánimo.

Pasando a la ventana, ¿a que no sabéis qué extraña reminiscencia vino hasta mí, desde el fondo de añejas lecturas de la infancia? ¿Y qué original relación de ideas me sugirió el recuerdo?... Pues, la siguiente: cuentan crónicas de infolios medioevales, que en Cangas de Tineo, a principios del siglo xv, el célebre Marqués de Villena era tenido por hechicero entre las gentes de la comarca, por la razón de que la ventana de su habitación en el castillo dejaba ver luz encendida a altas horas de la noche... Y yo pensé (!): en este pacífico barrio de Belgrano, cuántas veces el

transeunte retrasado, al enfrentar por la noche la ventana del escritorio del doctor González, quien indudablemente trabaja a veces en la medianoche dada su vasta y múltiple labor intelectual, no sentirá cierto supersticioso respeto y se dirá entre sí: — ¡El doctor González estudiando la política argentina!... Como antes se decían: ¡El Marqués de Villena estudiando la magia y sus conjuros!...

A esta altura de mi divagación, entró el doctor González en el gabinete: su persona tenía todo el aspecto de quien se levanta de dormir... Era la una de la tarde.

Y con la parsimonia que es característica en el ilustre senador riojano, se inició nuestra conversación; rodó ésta sobre tópicos diversos, al principio... No es el doctor González de aquellas personas de locuacidad natural: pesa las palabras, mide el sentido y alcance de todas ellas.

— ¿Cuál fué su primera vocación, doctor? — le interrogué después del preámbulo consiguiente.

— Mi primera vocación infantil — respondió el doctor González — fué la poesía, y sigue siendo mi pasión... infantil. Me pasé muchos días vagando solo entre las viñas paternales de Nonogasta y Chilecito, recibiendo revelaciones de la naturaleza, algunas de las cuales sólo ahora voy comenzando a comprender. Una vez había escrito unas estrofas largas, es decir, muchas; y como mi madre me las descubriese, me dijo: *Muéstraselas a tu padre, que le va a gustar...* Temblando de miedo se las mostré una tarde muy apacible, sentados en el enorme patio de casa. Cuando acabé de leerlas, mi padre y mi madre, que conocían mi inclinación prematura por una de mis primitas,

la cual tendría los mismos ocho años que yo, se rieron entre satisfechos y burlones, y yo no paré de correr hasta hallarme debajo de un manzano de la finca, distante dos cuadras, lo menos, del sitio de mi primera lectura.

— Seguramente, en sus lecturas de entonces, primarían las obras literarias, doctor.

— En mi primera juventud, que ha sido muy larga porque empezó muy temprano, leía mucho a Chateaubriand, *El Genio del Cristianismo*, y los clásicos españoles, — los poetas del siglo de oro, — y en mis años de colegio intensifiqué mucho la lectura de clásicos latinos y griegos, historia, y mucho Macaulay y otros historiadores. Muy pocas novelas, salvo aquellas inevitables por lo famosas, y Lamartine, Walter Scott, Zorrilla, Hugo, y también los poetas indios, y la Biblia y los libros sabios de la antigüedad.

— ¿Cuál fué la tesis con que usted obtuvo el título universitario de doctor?

— Rendí mi tesis en la Universidad de Córdoba, en 1885, con una disertación escrita que se titula *Ensayo sobre la Revolución* (Tesis, etc., 1885). 179 páginas, que quedaron después de suprimidos dos capítulos, por consejo de censura, y unas buenas páginas más de asunto religioso; todo lo cual, reunido y precedido de una introducción de ahora, hará un volumen de 300 páginas lo menos, — en breve, — cuando se reimpriman, como Chateaubriand reimprimió su *Estudio sobre las revoluciones antiguas*, después de hacerse católico, con la diferencia de que yo aparecí liberal entonces y... ahora no me siento cambiado...

El doctor González nació en la aldea de Nonogasta, al pie de la gran sierra nevada del Famatina, el 6 de marzo de 1863. Sus recuerdos escolares están llenos de anécdotas narradas en «Mis Montañas», «Cuentos» e «Historias».

— ¿Por cuál de las personalidades argentinas, de los últimos tiempos, siente usted más admiración y respeto?

— Nuestro país no está aún en edad cultural para producir el *hombre admirable*, si bien puede dar y ha dado muchos que tienen mayor o menor número de cualidades, fases o rasgos dignos de admiración. Así (hablo dentro del período de los últimos 50 años de la pregunta), Urquiza, Mitre, Sarmiento, Gutiérrez (Juan M.), Alberdi, Avellaneda, Roca, Quintana, del Valle, Estrada, Pellegrini, y otros más, tienen estos varios o singulares aspectos *admirables* de su personalidad, o bien reúnen una mayor suma de condiciones, que los colocan en la categoría de los *hombres dignos de admiración*. Además, yo he estudiado mucha historia antigua y moderna, y me resulta difícil, en nuestra época, calificar así, netamente, de *hombre admirable*, sino a muy pocos en el mundo. Luego, la condición de *admirable* para los espíritus como el mío, rara vez se halla en la política, y si me es más fácil encontrarlo en el arte, la poesía, la elocuencia, la filosofía, la literatura, en fin, y también en la política, siempre que un fondo y una orientación ética y estética, definan la personalidad y su acción.

— ¿Qué opina usted, doctor, — insinué, — de la actual crisis política interna?

— Que es una honda crisis de valores políticos e institucionales, que contribuirá a afirmar el concepto de nuestra historia y de nuestro régimen constitucional, para... después.

— ¿Y cuál es, según su criterio, entonces, la misión del futuro presidente de la República?

— Gobernar con la Constitución, — repuso gravemente el doctor González, — restaurar la cultura, la educación política y el legado de progresos heredados de las generaciones anteriores, reafirmar el orden, el crédito y la autoridad nacional, levantar de la humillación y postración a las provincias, simplificar las administraciones federal y provinciales, y desarrollar la producción y las industrias propias de la Nación y de las Provincias, restablecer nuestra política externa tradicional, sobre las bases de nuestro mayor valimiento nacional y solidario en América y en Europa, y acentuar el valor moral, intelectual y político de nuestra democracia, acercándola a los destinos de las más avanzadas democracias de América y Europa; arreglar sobre bases firmes para el progreso y la paz de la Nación, el problema social.

Iba a retirarme; el doctor González se puso de pie, cortésmente. De nuevo, recobró su habitual actitud de modorra y ensueño... Yo pensé en las características que el vulgo le atribuye y me pareció que al irme de allí, el doctor González tornaría quizás al lecho...

Pero la sonrisa del busto de Voltaire me sugestionó de improviso; el rostro irónico del gran pensador parecía decirme: «¡Es falsa la conseja; este ciudadano, de quien todo el mundo dice que siempre duerme, es, felizmente para la patria, uno de los pocos que velan por sus destinos!»

CLAUDIO ARENA.



DE LA GALERÍA DEL SEÑOR JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

LA ORACIÓN DE LOS HUMILDES

ÓLEO DE SOTOMAYOR.



LA VOLUNTAD

Yo conocí una vez a un hombre que valía más que su obra. Emerson anota que esto es bastante común en los individuos de carácter. Lo que hizo mi hombre, aquello que él consideraba su obra definitiva, no valía cinco centavos; pero el resto, el material y el medio para obtenerlo, eso no lo volverá a hacer fácilmente nadie.

Los protagonistas son un hombre y su mujer. Pero intervienen un caballo, en primer término; un maestro de escuela rural; un palacio encantado en el bosque, y mi propia persona, como lazo de unión.

Hela aquí, la historia.

Hace cinco años — a mediados de 1913 — fué a casa, en el monte de Misiones, un sujeto joven y rubio, alto y extraordinariamente flaco. Tipo eslavo, sin confusión posible. Hacía posiblemente mucho tiempo que no se afeitaba; pero como no tenía casi pelo en la cara, toda su barba consistía en una estrecha y larga pelusa en el mentón — una barbicha, en fin. Iba vestido de trabajo; botas y pantalón rojizo de género de maleta, con un vasto desgarrón cosido a largas puntadas por mano de hombre. Su camisa blanca tenía rasgaduras semejantes, pero sin coser. Se le veía la piel, que hacía casi daño por su blancura.

Ahora bien: nunca he visto un avance más firme — altanero casi — que el de aquel sujeto por entre los naranjos de casa. Venía a comprar un papel sellado de diez pesos que yo, dada mi situación oficial en aquel entonces, estaba en el caso de venderle.

Esperó, bien plantado y mirándome sin el más leve rastro de afable sonrisa. Apenas le entregué su papel, saludó brevemente y salió, con igual aire. Por atrás, desde media cintura le colgaba una faja de camisa que arrancaba desde el hombro. Abrió el portoncito y se fué a pie, como había venido, en un país donde solamente un tipo en la miseria no tiene un caballo para hacer visitas de tres leguas.

¿Quién era? Algún tiempo después lo supe, de un modo bastante indirecto. El almacenero del que nos surtíamos en casa, me mandó una mañana ofrecer un antejo prismático de guerra — algo extraordinario. No me interesaba. Días después me llegó por igual conducto la oferta de una Parabellum con 600 balas, por 60 pesos, que adquirí. Y algo más tarde, siempre por intermedio del mismo almacén, me ofrecían varias condecoraciones extranjeras — rusas, según la muestra que en la maleta traía el muchacho de casa.

Me informé bien, entonces, y supe lo que quería. El poseedor de las condecoraciones y el hombre del papel sellado eran el mismo sujeto, desde luego. Y ambos se resumían en la persona de Nicolás Dmitrovich Bibikoff, capitán ruso de artillería que vivía en San Ignacio desde dos años atrás, y en el estado de última pobreza que aquello daba a suponer.

Me expliqué bien, entonces, el aire altanero de mi hombre, con su tira colgante de camisa: se defendía así contra la idea de que pudieran creer que iba a solicitar ayuda, a pedir limosna. ¡El! Y aunque yo no soy capitán de ejército alguno ni poseo condecoraciones otorgadas por una augusta mano, aprecio muy bien el grado de miseria, la necesidad de comer algo del tipo de la barbicha, cuando enviaba sus colgajos a subasta, a un boliche de mensús.

Supe algo más. Vivía en el fondo de la colonia, contra las barrancas pedregosas del Yabebirí. Había comprado 25 hectáreas — y no definitivamente, a juzgar por el sellado de diez pesos para reposición. Todo allí: chacra, Yabebirí y cantiles de piedra, queda bajo bosque absoluto. El monte cerrado da buenas cosechas, pero torna la vida un poco dura a fuerza de barigüis, tábanos, mosquitos, uras y demás. Es muy posible dormir la siesta alguna vez bajo el monte, y despertarse con la ropa blanca de garrapatas. Muy pequeñas y anémicas, si se quiere; pero garrapatas, en fin. Como medios de comunicación a San Ignacio, sólo hay dos formales: el vado del Horqueta y el puente sobre el mismo arroyo. Cuando llueve en forma, el puente no da paso en tres días, y el vado, en todo el período. De modo que para los pobladores del fondo — aún los nativos — la vida se complica duramente en las grandes lluvias e invierno, por poco que falte en la casa una caja de fósforos.

Allí, pues, se había establecido Bibikoff en compañía de su esposa. Plantaban tabaco, a lo que parece, sin más ayuda que la de sus cuatro brazos. Y tampoco esto, porque él, siendo enfermo, tenía que dejar por días enteros toda la tarea a su mujer. Dinero, no lo habían tenido nunca. Y en el momento actual, el desprendimiento de

algo tan entrañable para un oficial europeo como sus condecoraciones de guerra, probaba la total miseria de la pareja.

Casi todos estos datos los obtuve de mi verdulero, llamado Machinchux. Era un viejo maestro ruso, de la Besarabia, que había conseguido a su vejez hacerse desterrar por sus ideas democráticas. Tenía los ojos azules más cariñosos que haya visto en mi vida. Conversando con él, parecíame siempre estar delante de una criatura: tal era la pureza lúcida, mansa y llena de afabilidad para su interlocutor, de su mirada. Vivía con gran dificultad vendiendo verduras, que obtenía no sé cómo, defendiéndolas de las hormigas, el sol y la seca, para sus cuatro o cinco clientes. Iba dos veces por semana a casa. Conocía a Bibikoff, aunque no lo estimaba mayormente: el capitán de artillería era francamente reaccionario, y él, Machinchux, estaba desterrado.

— No tiene sino orgullo — me decía. — Su mujer vale más que él.

Era lo que yo deseaba constatar, y fui a verlos.

Una hectárea rozada en el monte, enclavada entre cuatro muros negros, con su fúnebre alfombra de árboles quemados a medio tumbar; constantemente amenazada por el rebrote del monte y la maleza, ardida a mediodía de sol y silencio, no es una visión agradable para quien no tiene el pulso alterado por la lucha. En el centro del páramo, surgía apenas de la monstruosa maleza el rancho de los esposos Bibikoff. Vi primero a la mujer, que salía en ese momento. Era una muchacha descalza, vestida de hombre, y de tipo marcadamente eslavo. Tenía los ojos azules, un poco achicados por los párpados demasiado globosos. No era bella, pero sí muy joven.

Al verme tuvo una brusca ojeada para su pantalón, pero se contuvo ante mi propio aspecto de trabajo, y me tendió la mano sonriendo. Entramos. El interior del misero rancho estaba muy oscuro, como todos los ranchos del mundo. En un catre estaba tendido el dueño de casa — vistiendo la misma ropa con que yo lo había visto, — jadeando con las manos detrás de la cabeza. Sufría del corazón, y a veces pasaba semanas enteras sin poder levantarse. Su mujer debía entonces hacer todo — incluso proseguir la plantación de tabaco.

Ahora bien; si hay una cosa pesada, que exija cintura y resistencia al sol excepcionales, es el cultivo del tabaco. La mujer debía levantarse de noche aún, regar los almácigos, transplantar las matas, regar de nuevo, carpir a machete y azada la mandioca ineludible, y concluir la tarde con el hacha en el monte, para regresar al crepúsculo con tres o cuatro palos al hombro, tan largos y pesados que imprimen al paso un balanceo, cuya elasticidad es el rebote de un profundo esfuerzo que no se ve.

De noche, las caderas de una mujer de veinte años sometida a esta tarea, duelen un poco, y el dolor hace cerrar los ojos — y soñar. Pero en el período último, habiéndose repetido los ataques del marido, la mujer, de noche, en vez de dormir en seguida, tejía cestas de tacuapí, que un vecino iba a vender a los boliches de San Ignacio, a un precio suficiente para que les permitiera comprar medio kilo de grasa quemada de vez en cuando.

Pero, ¿qué hacer? En la media hora que estuve con ellos, Bibikoff se mantuvo en una reserva casi hostil. He sabido después que era muy celoso. Mal hecho, porque su mujercita, con aquel pantalón y aquellas manos ennegrecidas de barigüis y más callosas que las mías, no despertaba otra cosa que gran admiración.

Así hasta agosto de 1914. Jamás hubiera imaginado yo que un cardíaco con la asistolia de mi hombre pudiera haber tenido veleidades guerreras, cuando mucho más fácil y corto le habría sido quedarse a morir allí. No pasó esto, sin embargo, y con la sorpresa consiguiente supe a fines de agosto que el capitán de artillería se había embarcado para Buenos Aires, rumbo a su patria.

¿Y el dinero? ¿Y su mujer? Ambas cosas las supe por Machinchux, que desde el comienzo de la guerra venía cada dos días a casa a comentar mapas y estrategias conmigo. El caso es que Bibikoff necesitaba dinero para irse, y no lo tenía. Entonces Machinchux había vendido su caballo — ¡lo único que tenía! — y le había dado su importe a Bibikoff, a quien no estimaba, pero que quería cumplir con lo que él creía su deber.

— ¿Y usted, Machinchux? — le dije. — ¿Cómo va a hacer para traer la verdura?

Por toda respuesta el viejo maestro democrático se sonrió, mirándome por largo rato. Yo me sonreí a mi vez. Hay cosas que un hombre no puede hacer; pero yo tenía un buen nudo en la garganta. Desde la ausencia de su marido, la mujer estaba en casa de Allain, pues por veinte motivos a que no era ajena la juventud de la señora, no podía ésta quedar sola allá.

Allain es un gentilhomme de campo, de una vasta cultura literaria, que se ha empeñado desde su juventud en empresas de agricultura. Tuvo en su mocedad correspondencia filosófica con Maurice Barrés. Ahora dirige en San Ignacio una vasta empresa de yerba mate, cuyo cultivo ha iniciado en el país. Tiene como pocos el sentido del *savoir-faire*, y posee una bella casa con gran hall iluminado, y sillones entre macetas exuberantes. Esto, a quince metros del bosque virgen.

Las peculiaridades de la vida de allá me llevaban a veces a verdaderos *dîner en ville* a casa de Allain. Fué una de esas noches cuando saludé, en el hall resplandeciente, a una joven y muy elegante dama reclinada en una *chaise longue*.

— Madame Bibikoff — me dijo la señora de Allain.

¡Ciertamente! Era ella. Pero de los pies descalzos, del pantalón y demás, no quedaba nada, a excepción de los párpados demasiado globosos. Era un verdadero golpe de vara mágica. Eché una ojeada a sus manos: qué esfuerzos — como a machete — debió hacer la dama en un mes para estirar, suavizar y blanquear aquella piel, lo ignoro. Pero la mano pendía inmaculada, en un abandono admirable.

¡Pobre Bibikoff! No era de su mujer descalzando maíz de quien debiera haber estado celoso, sino de aquella damita que quedaba tras él, y que miraba todo con una beata sonrisa primitiva de inefable descanso.

En total, esperaba irse en seguida a reunirse con su marido, cosa que pudo realizar poco después. Mas no por eso dejó, durante su estadía en lo de Allain, de preocuparse vivamente y atender su plantación de tabaco.

Esta es la historia. Algunos meses más tarde, supe por Allain que madame Bibikoff le había confiado un manuscrito — el diario de su marido, en que éste contaba su vida y el por qué de su destierro al fondo del Horqueta. La consigna era ésta: no leer el diario, hasta pasado un año sin noticias de los Bibikoff.

Pasó ese año, y leí el manuscrito. La causa, el único motivo de la aventura, había sido probar a los oficiales de San Petersburgo que un hombre es libre de su alma y de su vida, donde él quiere y donde quiera que esté. De todos modos lo había demostrado.

El diario ese, escrito con un énfasis filosófico-

literario

espantoso,

no servía

absolutamente

para nada,

aunque se

veía claro

que el

autor ha-

bía puesto

sualma en

él — y por

él había

hecho lo

que hizo.

Y éste fué

su error,

empleando

un noble

material para

la finalidad

de una pobre

retórica. Pero

el material

mismo, los

puños de

la pareja,

su feroz

voluntad

para no

hundirse

del todo,

esto vale

mucho

más que

ellos mis-

mos — in-

cluyendo

la *chaise*

longue y lo

demás.

HORACIO
QUIROGA.

DIBUJO DE
ALVAREZ.



I N T I M A S



Cabeza de mi madre.
El andar de los años y las rachas
adversas de la vida
como la espuma la volvieron blanca...
Y se ha irisado de un profundo hechizo
esta testa de plata
cuyos ojos parece que estuvieran
cansados de mirar cosas lejanas
y perfilan tesoros inefables
de maternal dulzura en la mirada.

Cabeza seductora,
sus líneas se destacan
con la misma firmeza melancólica
que tienen las estatuas
del gran Miguel. Cabeza pensativa,
relicario viviente de añoranzas;
su belleza es la lírica belleza
de las flores marchitas, donde vaga
moribundo el espíritu aromado
generatriz de plenitud pasada.

Cabeza de mi madre,
como el azahar de las uniones, blanca.

Hace largos instantes que la miro
y la ternura me inundó mirándola...
Ahora frescos y lípidos
corren mis pensamientos como el agua
que fluye de las fuentes;
un suave efluvio de pureza abarca
todo mi ser; los ámbitos
exiguos de la sala
se han llenado de mística quietud;
y siento que me embarga
una honda emoción mirando como
en la penumbra silenciosa, mi alma
y la cabeza de mi madre son
cosas que se confunden de tan blancas...



La chica del sombrero colorado,
la que nunca me mira,
la que pasa a mi lado como un mármol,
me ha dejado caer una sonrisa!...

Del jardín de sus labios
la gracia de una amable florecilla,
de una elocuente florecilla roja,
ha sido su sonrisa.

Y así como una estrella que de pronto
volcara el halo de su luz altísima
sobre la angustia de una noche negra
así brilló en mi alma esa sonrisa.

La chica del sombrero colorado
tan lánguida y tan rítmica!...

Tal vez pensó que no es de finos modos
mostrarse tan esquivada

y que al fin mi constancia
algún gesto galante merecía;

o bien para mostrarme
(vanidad femenina)

que erraban mis reproches
tachándola de fría...

Ah, si, para probarme
que tiembla fresca y viva

bajo la seda de su carne un alma
y no son aguas muertas sus pupilas,
que también tiene un corazón que late
y no es de mármol como yo creía,

la chica del sombrero colorado,
la que nunca me mira,
al pasar a mi lado, esta mañana,
me ha dejado caer una sonrisa!...

DIBUJOS DE CENTURIÓN.

ARTURO S. MOM.





ALEGRIA

ÓLEO DE J. MONGRELL.

DE LA GALERÍA DEL SEÑOR
JOSÉ BLANCO CASARIEGO.





MIGUEL~ANGEL~BONARROTI
CASTEL~CAPRESE~1475~ROMA~1564



DIBUJOS NOTABLES

De la colección del
MUSEO NACIONAL
de
BELLAS ARTES



ANIBAL~CARRACCI
BOLONIA~1560~1609



A vista se recrea, este momento, en cosas que hablan a nuestro espíritu con una nueva y sutil emoción de arte. Ya no son los salones suntuosos, ni los muebles, ni los tapices, ni las tallas antiguas... Son dibujos amarillentos, deslucidos; pequeñas obras que descubren el carácter inconfundible de su época; bocetos al lápiz, a la pluma y a la sanguina, donde se advierte el rasgo, el movimiento, la composición, y hasta los modelos que hemos admirado otras veces en algunas obras maestras de los más célebres pintores.

Estamos en la planta baja del Museo, ante la serie de dibujos que pertenecieron al coleccionista inglés Sir John Bayley, y que abarca un total de quinientas noventa y siete obras, adquiridas en Roma el año 1907 por iniciativa de la comisión nacional de Bellas Artes.

Muchos de estos apuntes guardan en sus motivos el sello sensual o seráfico del autor. Otros,



EL~TIZIANO
PIEVE~DI~CADORE~1490
VENEZIA~1576

en su línea ligera y fácil, dan la emoción abstracta del momento que se ha querido impresionar; el trazo, ampuloso o quebrado, tiene a veces intención, es decir, cualidades espirituales y emotivas. Hay dibujos, como la fuente de Benvenuto Cellini, por ejemplo, que están ejecutados con cierta gracia picaresca, llena de sana originalidad, y que revelan un alto sentido estético y un fino concepto de la belleza clásica. En general, viendo toda la colección, se encuentran muy pocos dibujos terminados; parecen ser únicamente modelos esquemáticos de más amplias concepciones artísticas, utilizados, sin duda, en la tarea de expresar bella y afirmativamente la esencia misma de las cosas.

El conjunto hállase valorizado con trabajos de muchos famosos pintores de la escuela alemana, holandesa, francesa, inglesa y española; sin embargo corresponde el primer lugar a la italiana, no sólo por la calidad, sino también por el número de originales, habiendo desde los primitivos del siglo XIII hasta los últimos del renacimiento



FRANCESCO~GRANACCI
FIRENZE
1477~1543



FRA~FILIPPO
LIPPI
FIRENZE
1450~1469



SEBASTIAN~LUCIANI~DEL~PIOMBO
VENEZIA~1485
ROMA~1547



EL TIZIANO
TREVISO ~ DI CADORE ~ 1490
VENECIA ~ 1576



PABLO ~ EL ~ VERONES
VERONA ~ 1528
VENECIA ~ 1588



LEONARDO ~ DA ~ VINCI
CASTELLO ~ VINCI ~ 1452
CLOUX ~ 1519

Principalmente los primitivos, nos sorprenden por el candor místico de los temas y la rigidez hierática de las figuras. Giovanni Cimabué, que floreció por los años de 1240, o sea en el período pleno donde convergen la exaltación de la fe y la objetividad de la carne, nos deja, en un boceto milagrosamente conservado, esa impresión enigmática que clasifica el sentido gótico en el arte. La manera seráfica de Fra Angélico (1387), ha quedado impresa como símbolo de eternidad en la figura de un monje dominico, cuya cabeza, nimbada de resplandores celestiales, se corona con un letrero donde dice: BEATO-GIOVANNI-PRIORE.

La sensibilidad tierna y sencilla de este pintor, obedece, como todos los de su época, a un pensamiento profundamente religioso y dinámico. Así lo vemos también en la degollación de los inocentes, de Fra Filippo Lippi; el valor de las tonalidades, está conseguido en esta obra con un ligero tinte de sepia.

Sandro Botticelli, el gran reformador de la escuela florentina (1447), nos hace recordar la suprema vibración de su estilo con una virgen-cita orante, boceto del cuadro al óleo que se conserva en la pinacoteca de Lord Northwick.

También existe otro dibujo más completo del mismo autor, donde aparecen numerosas figuras llevando dos hombres al suplicio. Van agarrados en una carreta conducida por bueyes y rodeada de varios piqueros armados con rodela y lanza. A la izquierda, un fraile encapuchado, parece invitarlos al arrepentimiento de sus culpas. Sobre el fondo recórtase la simple arquitectura de un convento de religiosas, y apoyada en los escalones del pórtico, una mujer que enseña a sus hijos el cortejo de los condenados.

Este pintor de transición, que inicia con otros la era gloriosa del renacimiento, desentumece las figuras del arte gótico, dándoles movilidad y gracia. Poseedor del más amplio y humano con-



EL ~ GVERCINO
CENTO ~ 1591
BOLONIA ~ 1666



SANDRO
BOTICELLI
FIRENZE
1447 ~ 1510

cepto de la forma conocido hasta entonces, sus cuadros, esencialmente decorativos, marcan un nuevo punto de orientación en la pintura.

La colección se compone de otros trabajos raros y curiosos, como son los de Giulio Campi, nacido en Cremona el año de 1500; Domenico Aresti, Rafael Sanzio, El Tintoretto, Andrea del Sarto, Leonardo da Vinci, Donato de Nicolo y el caballero de Arpino, pintor de la escuela romana. Sólo de Miguel Angel, hay treinta y ocho apuntes, siendo algunos de ellos los croquis que utilizó el maestro para decorar la Capilla Sixtina del Vaticano.

Un cuadro de costumbres holandesas, firmado por Cruikshank, y algunos más de otros afamados pintores, constituyen lo mejor entre los ingleses; asimismo hay varios de escuela holandesa, tales como un paisaje lavado a sepia por Jacques Dromer y otro de S. de Kieger, que figuró en la galería de Sir Thomas Lawrence.

De Fragonard, pintor francés de fino temperamento, consérvese una linda escena de jardín, ejecutada a la sepia. Tres mujeres sentadas en un banco de piedra, contestan al saludo de un caballero, que se inclina ante ellas con ademán ceremonioso. A la izquierda y frente a una pareja de enamorados que aparecen en primer término, las fontanas elevan sus finos surtidores de cristal, que se quiebran sobre dos pequeños amorcillos de mármol.

El poco espacio de que disponemos, nos impide hacer el detallado estudio que merece esta magnífica colección, donde figuran, a más de los dibujos a que hemos hecho referencia, otros de artistas tan célebres como Rembrandt, Murillo, Rubens, Van der Meulen, Le Brun, Wouwerman y el incomparable Watteau, cuya obra ha reflejado para siempre el espíritu decadente y exquisito de los últimos Borbones de Francia.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE

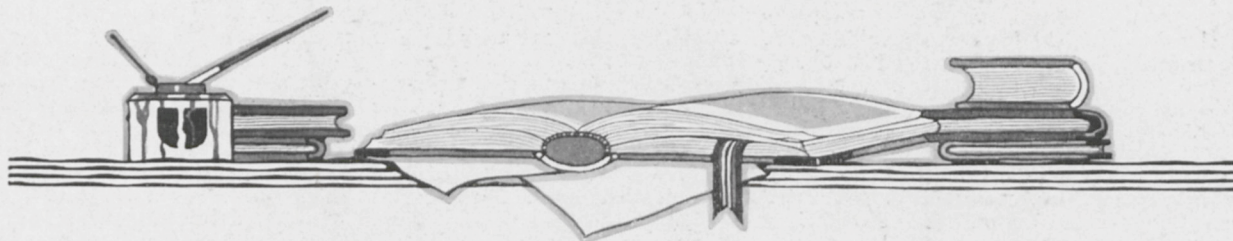


EL TINTORETTO
VENECIA ~ 1519
~ 1594 ~



GUIDO ~ RENI.
CALVENZANO ~ 1575
BOLONIA ~ 1642

FILOLOGIA RACIONAL



Nuestro léxico está plagado de errores. Para convencerse, no es necesario acudir a profundas y complicadas investigaciones. Muchas, muchísimas palabras alejan por su eufonía el valor de su actual significado, y únicamente la costumbre hace que se acepten aunque el oído las rechace.

Indudablemente, gran número de voces, por sucesivas alteraciones, están bien distantes de su primitivo sonido, destruyendo, por consiguiente, su valor onomatopéyico, elemento importantísimo en la formación de los idiomas. ¿Quién es capaz de afirmar que la palabra etiqueta viene de las voces latinas est-hic-questio? ¿Qué hay de común en ellas?

Fundado en estas razones (y otras que a su tiempo irán saliendo), me propongo demostrar, con algunos ejemplos tomados al acaso, las reformas que, con más amplitud, tendrán que ser aceptadas oficialmente en nuestro idioma, puesto que de hecho ya están admitidas por todos.

¿A qué cansar, pues, con áridas demostraciones, si la simple lectura de las palabras elegidas lo evidencian cumplidamente?

ACHURARSE — El escalofrío precursor del chicho.
ALBÚMINA — Manía de las señoritas por poseer albums iluminados.



ALFAJOR — Arma curva de punta y filo. «Blandiendo su alfajor».
ALTRUISTA — Amigo de subir a las alturas. «Escaló, sin fatiga, las más altas montañas; era un verdadero altruista».



ANÍMICO — Débil, exangüe. Si el estado del enfermo es muy grave, se dice *antagónico*.
ARACA — Palabra griega. Aquí pertenece al argot del suburbio, pero su origen es helénico. *araka, ananké, eureka*, están diciendo que pertenecen al mismo idioma.
ASFALTADO — Se dice a todo aquel que comete una falta.



ASPIRINA — La mujer que aspira a desempeñar un puesto público.
ASTERISCO — Enfermedad que molesta al paciente y a los demás. Generalmente lo padecen las señoras y lo sufren los hombres.
ATORRANTE — Tostado. «Este café está muy atorrante».



AUTÓCRATA — El anarquista aficionado a viajar en auto.
BACTERIÓLOGO — El artillero encargado de cuidar las baterías.
BANDURRIA — Enfermedad de los riñones.



BARCAROLA — Verdura alechugada.
BATUQUE — Nombre de tribu. «Guaraní, Toba, Mataco y Batuque».
BICARBONATO — El que nos trae a casa el carbón dos veces al día.



BOMBÓN — Vocablo muy usado en el arma de artillería. Onomatopéyico como ZUMBA y RETUMBA, que se aplica para significar disparos. SAMBOROMBÓN, es el disparo de una batería entera.
BRONCONEUMONÍA — Hacer pendencia. El que tiene la manía de armar broncas. BRONCONEUMÓNICO, sinónimo de *patotero*.



COMANDITARIA — Enfermedad aguda que se adquiere por el abuso en las comidas.
CONCUÑADO — El que consigue un puesto a fuerza de cuñas, de recomendaciones.

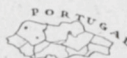


CONTRALOREAR — Enemigo de los loros. (Véase *lorifobo*).

CURTIEMBRE — Mes de reserva para, en caso preciso, prolongar el año a trece meses: «Octubre, noviembre, diciembre y curtiembre».
CHUCRUT — Equivocadamente se le da este nombre a un plato; pero su verdadero significado es un juego. «Juguemos un rato al *chucrut*».



DACTILÓGRAFO — El que saca la cuenta por los dedos.
DILATACIÓN — Acción y efecto de dar una lata formidable.
ESCARLATINA — Música italiana del célebre Scarlatti.



EXTREMAUNCIÓN — Región de España que linda con Portugal.
FILOSÓFICO — Se dice del cuchillo que está bien afilado.
FRENÓPATA — El encargado de hacer funcionar los frenos en los ferrocarriles.



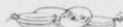
GELATINA — Consonante de uso en nuestro idioma... y en determinados platos.
GUARANGADA — Bebida refrescante que se consume en la Argentina. Suele pedirse en esta forma: «Mozo, una guarangada con soda».



HECTÓLITRO — Filósofo griego, contemporáneo de Demócrito y Heráclito.
HIPÓCRITA — Médico famoso de la antigüedad.



IMPERATIVO — Vendedor de peras.
MAYESTÁTICO — Habitué al Cine Majestic.
MENEGUINA — Pastilla para la tos.



MENTECATO — Masita que se toma empapada en leche o chocolate. «Mentecato de Astorga».
METROPOLITANO — Unidad de medida empleada por los napolitanos.
MORFEO — Dedicado al *morfo*.
MORGANÁTICO — Amigo de Pieport Morgan. Partidario de su sistema.



NECROLÓGICO — Negro de pura raza. Lógicamente negro.
NIQUELADO — Puede decirse del individuo que está exhausto, concluido, completamente *niquelado*.
PENTECOSTÉS — Postre de cocina, así como «Picatoste». De la familia de las frituras.

RANTIFUSA — Signo musical. *Fusa, semifusa y rantifusa*.



REFRACTARIO — Se aplica a los ladrillos... que no quieren ser ladrillos. Ladrillo *malgré lui*.
RETOBAR — El toba que emigra de su tribu y retorna a ella.



RETRETA — Fotografía de mujer. Cuando es de hombre se dice *retrato*. Cuando es de los dos, se dice *retruco*.
ROMÁNTICO — El artista que sueña con una beca para Roma.
SACARINA — Ocupación predilecta de los panaderos para reducir los panes.



SAGITARIO — El encargado de agitar las bebidas compuestas en las farmacias. El que agita las bebidas antes de usarlas.
SCRUCHANTE — Se dice de las bebidas efervescentes, como el champagne y la sidra.



TABAQUERA — Estuche para guardar la taba.
TANINO — Hijo de napolitano.
TELEFUNKEN — Palabra insultante, despectiva. Equivalente a la frase: «Que te zurzan».
TORTICOLIS — Tortilla de coles.



TRANQUILIZAR — Poner trancas a las puertas. Echar la tranquera.
TRUCULENTO — Jugador calmoso de truco.
TURISTA — El uruguayo partidario de las corridas de toros.



ULTRAJE — Muy elegante. El que usa los trajes anticipándose a la moda.
VERDUGO — Vegetal. «Sembró su quinta de lechugas, repollos, verdugos y barcarolas».
YAPEYÚ — Lugar que debe su nombre al abuso de la yapa.



ZAFADURÍA — Oficina pública. «Ese asunto lo despacharán en la zafaduría».

ANTONIO CAÑAMAQUE.
(DE LA ACADEMIA DEL IDIOMA.)

DIBUJOS DE ÁLVAREZ.



EL ARTÍCULO 14 DE LA CONSTITUCIÓN POR ALBERTO TENA

Hace tiempo que el señor Patricio Morantes Blanco, escribano de registro, laborioso y buen padre de familia, me honra con su amistad. Don Patricio es una persona de cuarenta y cinco años, alto, bien cumplido de carnes, con una cabeza grande escasamente cubierta de pelo. Su cara es simple, exuberante de franqueza y de color rojizo, con una nariz abombada, boca chica, coronada por un bigote tan puntiagudo y tan áspero que le da un aspecto pintoresco. Sus ojos son viva expresión de sus honrados sentimientos.

Muchas virtudes transparenta su vida; pero las que más lo individualizan son las de ser metódico, trabajador y opositor a toda política oficial. No hay remedio de ninguna clase. No valen consejos ni insinuaciones. El es opositor.

Cultivar la política en forma de combate es, no hay que dudarlo, un signo de patriotismo acendrado. Y como don Patricio es hombre que no carece de lecturas, afirma siempre que todo poder gubernativo, como claramente lo establece Platón en *La República*, debe ser fiel imagen de la justicia. Y esa fidelidad no la ve nunca en los gobiernos. Por lo demás, ahí está la Constitución que ampara a todo ciudadano para expresar libremente y sin previa censura sus ideas y pensamientos.

Don Patricio vive en una florida localidad, a treinta kilómetros de la metrópoli, en una casita de una arquitectura imposible de ser clasificada en ningún estilo, pero llena de luz y de aire. Está rodeada de plantas, circundada por una verja de alambre. En su frente, en letras blancas, se lee: «La María». Y allá me fui el domingo para visitarlo e informarme de su salud. Su escritorio hacía varios días que no se decoraba con su cuerpo monumental, ni se animaba con su conversación abundante y sonora.

Hasta mis oídos llegó la noticia de que un grave disgusto había perturbado hondamente su ánimo y el de su apreciable familia. Y como el pueblo de su residencia estaba agitado a la sazón por cuestiones políticas, me hice, no sin cierta inquietud, la siguiente reflexión, que me dispuse a trasmitírsela cuando lo viera:

— He ahí, amigo don Patricio, los serios inconvenientes de ser opositor en todo lugar debidamente oficializado.

Don Patricio es un temperamento sanguíneo, dado fácilmente a la vehemencia, y como buen ciudadano, asistido por sus derechos, no usa el eufemismo para opinar.

— En política, amigo, — me dijo después del saludo y de haber escuchado la antecedente reflexión mía, — no son claras únicamente la tiranía, la oligarquía y la demagogia. ¿Dónde va a parar la libertad de las instituciones? ¿Qué crimen mayor que el coartar la libertad de palabra?

Don Patricio, la cara roja y el ademán expeditivo, estaba cubierto de indignación y de un flamante traje blanco. Su familia, con propósitos de paz, lo invitaba a que regase el jardín, los rosales y una hermosa hiedra que bronceaba placidamente uno de los muros de la casa.

Y fui a acompañarlo para escuchar de sus labios el dramático episodio en el que ocupara el puesto principal. La historia me fue narrada con toda clase de informaciones. El detalle era minucioso, el cuadro bien pintado, lleno de color y de ambiente.

Y junto con esa abundancia descriptiva, no le faltó a don Patricio el comentario mordaz, algún chiste y, sobre todo, la referencia histórica de los derechos políticos de la humanidad.

Afirma un filósofo que han sido necesarios mayores esfuerzos para hacer tangible la idea de que el hombre es libre que para saber que la Tierra gira alrededor del Sol. Y el relato que sigue parece que esos esfuerzos y esa tangibilidad pueden discutirse desde el punto de vista práctico.

Don Patricio Morantes Blanco, escribano de registro, honorable padre de familia, es, en este caso, una figura fehaciente, una estatua simbólica. No fue hombre libre, ni tuvo el ejercicio de sus derechos.

Es digno, pues, de que la historia lo considere como una víctima.

La libertad de reunión y de palabra son, por así decirlo, las fuentes del libre albedrío. Y bajo la caricia cordial de este magno principio, don Patricio se prestó, acompañado de su hijo primogénito, a repartir en la estación de su pueblo unos

volantes impresos con leyendas contrarias al poder oficial.

¿Qué sentimiento le impulsaba a ello? Sería necesario entrar en una extensa exposición de hechos para ver cuánta era su sinceridad y cuánto su entusiasmo. Entraban en tal determinación razones económicas, morales y cívicas. El poder local era absorbente. El ejercicio de la libertad yacía, en su localidad, profundamente dormido en un desván. Luego, el caudillaje, los impuestos crecidos, el despilfarro...

Así, pues, consideraba hacer un servicio al país. Y para que el acto tuviese una eficacia mayor, a todo conocido a quien entregaba un papel pronunciábale aforismos políticos, rudos y lapidarios, es cierto, pero dentro de una moral inatacable.

Y en estas funciones cívicas tan legales e inofensivas, don Patricio fué interrumpido por un agente policial:



— Veía, está prohibido repartir papeles en el andén...

Todos los ciudadanos están regidos por los mismos derechos; pero el que inviste título de autoridad, define siempre.

Comprendió así mi amigo, y como hombre de orden, se fué hacia la calle a continuar su propaganda.

— Veía, está prohibido repartir papeles por la calle...

Esta vez, don Patricio reflexionó en el artículo 14 de la Constitución. Con voz fuerte recitóselo al guardia, con aclaraciones y comentarios. Estaba en su derecho y nadie podía impedirle dar libre curso a sus ideas.

— Ahí está la Constitución, amigo, ahí está... ¿Qué me dice?

El porte voluminoso de don Patricio, la firmeza de su ilustración y de su elocuente vocabulario hicieron meditar al agente, quien se quedaba perplejo ante la solemnidad de los términos. Hasta las rocas se ablandan con la razón, a veces, según el criterio optimista.

Al primer agente uniósse otro de grado superior, también ciudadano libre, pero acicateado por el mandato jerárquico.

— Proceda, no más, agente, proceda...

La autoridad es un instrumento implacable, ciego. Está distanciado mentalmente de los resortes éticos. Ejecuta y procede. El examen de los derechos compete a los tribunales; pero, entre tanto, cumple su misión.

Por eso don Patricio y su hijo viéronse obligados a entregar los volantes y a seguir al agente hasta la comisaría. Aquello, dado el diapason opositor del propagandista, era un desorden perfectamente calificado por las ordenanzas. Lo de la Constitución y el tema de los derechos del hombre y del ciudadano que tanto lustre dan a las oratorias corrientes, era asunto de altos estudios. El seguir a la autoridad hasta la comisaría, en cambio, no pasaba de ser un acto práctico y usual. Don Patricio poseía, innegablemente, sus derechos para repartir papeles de propaganda política llamados a despertar la conciencia del pueblo, en el presunto caso de que pueblo y conciencia fueran susceptibles de interesarse por la

marcha política de la localidad. El agente, a su vez, tenía el deber, tan sagrado como el derecho, de cumplir con sus importantes obligaciones. Tenía, además, como guardia de campaña, un rebenque, un sable sonante, ancho como una mano, un bonito revólver y una cara ligeramente prehistórica. Era, así, una institución ante la que se estrellaban las razones jurídicas y constitucionales de don Patricio. ¿Quién le mandaba ser opositor sistemático?

La llegada a la comisaría no fué nada transcendental, como lo iba suponiendo por el camino don Patricio. Allí fué recibido con indiferencia, y la única palabra que le dijeron fué la siguiente:

— Siéntese...

Un reloj de pared cuyas agujas iban circulando ante sus ojos, hizole tener la visión de la perfecta neutralidad de aquella casa, pues nadie mostraba interés alguno ni se preocupaba por su presencia. Estaba sentado con su hijo en uno de los bancos del inhóspite escritorio, en una de cuyas paredes hallábase colocado un retrato solemne de cierto político contrario a sus ideas. Fué lo que más impaciencia le produjo, a él, jopositor tenaz de tamaño caudillo! Pero como era hombre de ideas y de ilustración, sus impaciencias cedieron ante su razonamiento.

— Un eminente jurisconsulto, — dijo a su hijo, — afirmaba con gran juicio lo siguiente: la detención o prisión injusta de un hombre libre es la más odiosa de las injusticias. Y para eso fué creada la ley del «habeas corpus», «habeas corpus»...

Entretanto las agujas del reloj seguían su marcha inevitablemente, indiferentes, como cómplices tácitas de aquella detención. Fué un oficial de policía el que vino, ya cercana la noche, a resolver el episodio. Don Patricio se explicó con palabras mesuradas, graves y eruditas.

— ¿Qué ley, señor, autoriza este abuso? ¿Dónde quedan los derechos del ciudadano? La Constitución me ampara en todas las formas...

— Contravención simple; treinta pesos de multa.

Esa respuesta de la autoridad no correspondía al espíritu legal de don Patricio; pero fué una respuesta terminante. El oficial habló cual un oráculo, cual una fría Pitonisa fiel intérprete del orden y de la seguridad públicas.

La cartera de mi amigo quedó aliviada después de aquella oblación. Y salieron don Patricio y su hijo con el ánimo contrito ante la adversidad del día, ante aquella imposición rígida e inexorable. La Constitución había sido violada y los nervios de mi amigo llevados a una crisis que le obligó a guardar cama durante los días cabales de una semana.

— Hijo mío, — había dicho melancólicamente a su mayorazgo, poniéndole su pesada diestra en el hombro, — si llegas alguna vez a ser autoridad o gobierno, sírvate este suceso como ejemplo insuperable de la arbitrariedad y de la opresión.

Cuando me despedí de él quedóse aliviado. Su larga plática había encontrado una favorable y cordial recepción.

Prometió venir a mi casa para que le prestara unos libros, pues necesitaba de ellos a fin de documentarse en forma amplia. Don Patricio Morantes Blanco piensa recurrir en queja ante la justicia del fuero federal.

Romance de la Infantina



llá va la Infantina de Francia, una doncella principal y caprichosa, cuyo nombre perdióse entre los versos de un trovador anónimo, pues, a veces, no hay tumba más callada que la poesía. De Francia partió la niña, de Francia la bien guardada: base para París, do padre y madre tenía. Era discreta, porque a persona humana refirió la aventura que le hizo dejar el regalo de la corte, tan discreta que los libros de caballería no saben el secreto. Errado lleva el camino, errada lleva la guía: arrimárase a un roble por esperar compañía. Era muy hermosa; en sus ojos de mirar triste brillaba un no sé qué de pícaro. Adivinábase la menudez de su cuerpecito oculto por la prodigalidad de su rígida vestimenta. Cio venir un caballero que a París lleva la guía. Tampoco os dirán las novelas caballerescas quien fue ese caballero. La niña desde que lo vido de esta suerte le decía: Si te place, caballero, lléveme en tu compañía. El desconocido detuvo su caballo, y después de tasar con certera mirada la calidad y la hermosura de la muchacha: Pláceme, dijo, señora, pláceme, dijo, mi vida. Aprese del caballo por hacerle cortesía; puso la niña en las ancas y él subírase en la silla. París andaba cerca, poco más allá del bosque. Para saborear el leve y tibio contacto, refrescaba su caballo el caballero. En el medio del camino de amores la requería. La niña desde que lo oyera dijole con osadía: Tate, tate, caballero, no sagáis tal villanía: hija soy de un malato y de una malatia; el hombre que a mí llegase malato se tornaría. La hija de un leproso y de una leprosa, una niña que ocultaba bajo sus lujosas vestiduras la dolencia del mendigo. Con temor el caballero palabra no respondía. A la entrada de París la niña se sonreía. Era un murmullo de risa, un reprimido murmullo de risa picaresca, burlona, palaciega. De qué os reis, señora? de qué os reis, mi vida? Ríome del caballero y de su gran cobardía: tener la niña en el campo y catarle cortesía. Puro misterio es el corazón de las niñas coquetas. Con vergüenza el caballero estas palabras decía: Vuelta, vuelta, mi señora, que una cosa se me olvida. La niña como discreta dijo: Yo no volvería, ni persona, aunque volviese, a mi cuerpo tocarla: hija soy del rey de Francia y la reina Constantina: el hombre que a mí llegase muy caro le costaría. Aquí termina el Romance de la Infanta de Francia, que debéis leer despojándole de tanto prosaico comentario. Es un granito de picante pimienta que un joyero del idioma engarzó en una montura de oro viejo.

Quando
del
az

Sirio
Imaginería
de las
Infantinas



D E ~ L A ~ A N T I G U A ~ C Ó R D O B A



A línea recta, el cuadrado y ese afán de modernizarlo todo: he aquí lo que distingue a las ciudades de provincia argentinas de sus similares españolas. Añádase a estas características una mezcla de acentos extranjeros traída por el aluvión inmigratorio, vocablos de idiomas indígenas y el dejo peculiar de cada comarca. A pesar de tales diferencias, el español nunca hallará en las ciudades de la República esa «incómoda comodidad» que aun el viajero rico siente en toda villa extranjera.

La raza se reconoce única y sólo ve en esas sus variedades el producto de una evolución, por medio de la cual la tierra incorpora al hombre y se transforma en patria para conseguir que la labor humana triunfe de los siglos.

Comparados los planos de Córdoba de España y de su homónima y ahijada nuestra Córdoba de la Argentina, solamente apercibiremos que aquella está surcada por calles que parecen arrugas, signos de una vejez legendaria. Las calles de la joven y sabia Córdoba que Jerónimo Luis de Cabrera fundó en 1573 son tersas, rígidas. Aquellos hombres habrían inventado la geometría, si esta ciencia no hubiese existido. La apropiación rápida del suelo fué en el remoto Egipto y en la India la madre de los teoremas geométricos.

Pero se da el caso digno de tenerse en cuenta, que estas ciudades «tiradas a cordel» consiguen patrocinar y custodiar firmemente sus monumentos tradicionales, con tanta fuerza como las villas donde la arquitectura legendaria se defiende tras los recovecos de sus calles. El vendaval de la modernización puede correr sin obstáculos por las vías inflexibles, sin lograr su intento de destruir lo antiguo.

De todas las ciudades argentinas, la noble y erudita Córdoba es la que con mayor perseverancia supo mantener el doble tesoro espiritual y material legado por las generaciones de un pasado viril.

A esta obra de patriotismo culto ha cooperado admirablemente el suelo cordobés rico en mármoles, piedras de construcción y argamasas. Sin ayuda de la naturaleza, el hombre no podría hacer las obras que el tiempo respeta y avalora.

La Universidad de los Cabrera, Funes, Gorriti, Castro Barros, Molina, Bedoya, Agüero, Castro, Paz, Agrelo, Caballero, Corro, Vélez Sársfield y tantos ingenios cultivados en aquellas aulas, es la hoguera donde eternamente arde ese amor a las tradiciones nacionales y universales que distingue a los cordobeses.

Esta universidad constituye uno de los más firmes lazos de unión entre la madre patria y la Argentina.

La Catedral, joya de la arquitectura católica, es la piedra angular de la devoción hacia el glorioso pasado. El señor Urien, cronista insuperable de la historia cordobesa, la describe con palabras que merecen ser siempre reproducidas: «sus detalles, algo toscos si se quiere, le dan un carácter arcaico, y nos hacen mirar con cierto respeto este templo, el más antiguo como monumento arquitectónico, que las generaciones pasadas levantaron en suelo argentino. En su interior se pueden admirar algunos buenos cuadros de la escuela española, grandes y curiosísimos muebles de madera tallada, con incrustaciones artísticas, y un rico tesoro de objetos de orfebrería de oro y plata macizos, ofrecidos al Dios de la paz por los aventureros y conquistadores españoles.»

El palacio del virrey Sobremonte, convertido ahora en Museo Nacional, encierra todos los rasgos del colonaje y es un trozo de historia viva, donde el pasado se nos presenta para sugerirnos amor a la antigüedad bella.

Y en todas partes, en las iglesias y en las casas, en los alrededores de Córdoba y en toda la provincia, como lo demuestra el artístico monumento de Cruz del Eje, existe un tesoro de inmenso valor.

A cambio de esta devoción por las cosas y los hombres del terruño, éste concede una ecuanimidad ambiente, una idiosincrasia que tiene mucho parecido con la felicidad. Sombra enérgicamente dibujada sobre el blanco lienzo del alma, es sin duda este trasunto de la felicidad que el ser humano alcanza en la paz de las ciudades creyentes, llenas de fe.

Y este plácido regalo del corazón amante que los enemigos de las innovaciones a «cutrance» saborean, se traduce en belleza femenina, en bienestar, en todo eso que alegra la existencia.

No es Córdoba una adversaria tenaz del progreso, sino que, aconsejada por su espíritu tradicional, sabe aquilatar todo adelanto, toda cultura, para aceptarla cuando resulte oro de ley y no cuentas de vidrio, de aquellas con las que se engañan los civilizados salvajes tan bien como los indios ingenuos de nuestro continente.

Hay, pues, en el espíritu de la antigua Córdoba, espíritu que llegó hasta sus actuales habitantes, una virtud digna de sana envidia, y merecedora de gustarse y adquirirse por medio de la convivencia. Por eso, que no encontrará el lector en más populosas y ricas ciudades, por esa paz de aldea sana, debemos hacer incesantemente una predicación patriótica. Mil veces y en todas las ocasiones lo repetiremos: quien pudiendo costearlo no realiza un viaje de exploración por el territorio de su país, tiene una deuda incumplida para con su patria. Traduzcamos la palabra exótica de «tourismo», adaptándola a nuestros usos y a nuestras conveniencias. Y no es traducirla eso de quitarle una o para decir «turismo», sino hacerla comprender a fuerza de pronunciarla. Los negocios, las enfermedades y las visitas oficiales son los únicos resortes que empujan al argentino a visitar el interior. Negocio, utilidad y visita oficial al mismo tiempo toda excursión turista a provincias, porque útil, dulce y sano es aprender la anatomía de ese enorme y bendito suelo argentino.

El amor a la patria, sentimiento sintético de todos los amores que contiene la tierra natal, se acrecienta y se afirma por medio del análisis.

GABRIEL DURIEN.



CLAVTRO DEL COLEGIO



CASA DEL VIRREY SOBREMONTÉ QUE AHORA PASA A SER MUSEO NACIONAL.



LA CATEDRAL



IGLESIA DE CRUZ DEL EJE



IGLESIA Y COLEGIO DE ALTA GRACIA



VERJA DEL ZAGVAN Y PATIO DEL REFUGIO DE SOBREMONTÉ

Chile Centenario de la batalla de Maipú



CONCURRENTES AL BANQUETE OFRECIDO POR EL PRESIDENTE SEÑOR SANFUENTES A LA COMISIÓN ARGENTINA.



EN MAIPO. LLEGADA DE LA COMITIVA OFICIAL.

Las Repúblicas Argentina y Chile han conmemorado solemnemente el centenario de la batalla de Maipú. Más que la cantidad y el lujo de las fiestas celebradas, brilló la esplendidez de un sentimiento unánime: el hermanazgo de los dos pueblos.

Esta demostración de verdadera confraternidad es el mejor homenaje a la memoria de los héroes que en Maipú recibieron su comunión de sangre sobre el altar de las dos patrias. Chilenos y argentinos sienten en su alma el impulso generoso que San Martín y O'Higgins tradujeron en aquel abrazo.

La inmensa Cordillera no fué obstáculo bastante



EL MONUMENTO A LOS HÉROES DE LA BATALLA DE MAIPÚ.

para contener el ansia libertadora del Gran Patriota. El genio de San Martín y el genio de la raza la franquearon trepando por los desfiladeros, como cóndores que llevasen una inmensa carga. Así se realizó por primera vez la unión espiritual de los dos pueblos, que durante el coloniaje nunca se habían conocido ni ayudado.

Tampoco para el genio de ambas Repúblicas puede el Andes presentar una barrera infranqueable. Así lo demostraron, con firme y recíproco cariño.

Que esta gloriosa fecha del combate libertador constituya el primer día de una era de unión cordial y fructífera.



Una tragedia periodística.

Era el año 82 del siglo pasado. Don Manuel Láinez me había dado un puesto en la redacción de «El Diario», que acababa de fundar. Una tarde, a las cuatro más o menos, me llamó a su escritorio y me dijo:

— El vapor sale a las cinco. Váyase en él y mande información telegráfica y epistolar sobre ese bárbaro asunto que está pasando en Montevideo, del que resultan víctimas los italianos Volpi y Patroni.

— Voy a casa a buscar ropa, le contesté.
— Váyase con lo puesto.

Obedecí. A las cinco de la tarde estaba en el vapor y a la madrugada siguiente en Montevideo. Me alojé en el «Hotel de las Pirámides» y, al pedir habitación, el camarero inquirió dónde estaba mi equipaje.

— Los periodistas en campaña, nunca tienen equipaje, le dije. Y para mis adentros pensé que no lo tienen ni en campaña ni en poblado.

Visité, por la mañana, las redacciones de los diarios. Don Daniel Muñoz, el famoso Sansón Carrasco, dirigía «La Razón». Me atendió deferentemente. Me dió toda clase de informes y me auxilió de la manera más eficaz para que llenase mi comisión. A las once de la mañana, yo ya había expedido tres telegramas al diario y a las once y media estaba tranquilamente sentado en el hotel, comiendo unos sabrosos riñones al vino Jerez que en las «Pirámides» preparaban deliciosamente.

Estaba yo en los postres, pensando en el triunfo periodístico que aquella campaña me habría de proporcionar, cuando penetraron al salón cuatro caballeros, correctísimamente vestidos, que parecían ser grandes señores. Se sentaron a una mesa muy próxima a la mía y pidieron de almorzar. Durante los primeros dos platos, la conversación no fué muy abundante, pero a medida que el almuerzo avanzaba, los caballeros iban siendo más explícitos, más expansivos. Uno de ellos, especialmente, se hacía notar por las agresiones veladas que en su conversación hacía contra el dictador Santos. No disimulaba su mal humor y su contrariedad por el asunto Volpi y Patroni, que había producido contra el gobierno un verdadero estallido de indignación.

La conversación me iba interesando. Yo estaba semi-oculto entre dos cortinas verdes, al lado de una puerta de calle que daba al costado de la Matriz. Sospeché que de aquella conversación iba a sacar algún detalle útil a mi función periodística y me puse a escuchar con redoblada atención.

Al poco rato, el caballero que estaba exaltado contra el dictador Santos, exclamó:

— Yo le voy a enseñar al general, que no se juega con los hombres. Hoy mismo presento mi renuncia para que otro cargue con el mochuelo del Ministerio. Y metiéndose la mano en el bolsillo de la levita, agregó:

— Aquí la tengo escrita.

Abrió el papel y leyó la renuncia, que yo copié de oídas desde mi escondrijo. Excuso decir que tres minutos más tarde estaba yo en la oficina del telégrafo transmitiendo la renuncia del Ministro

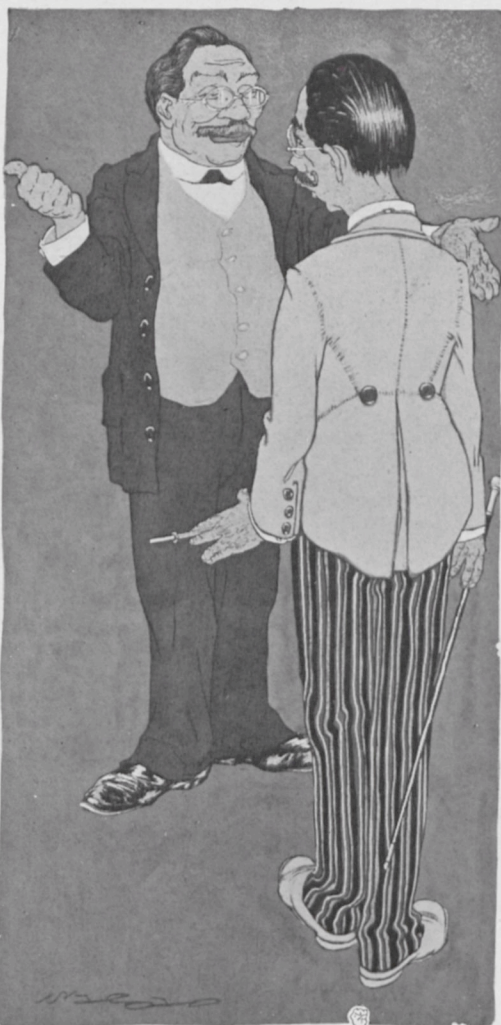
Vilaza, que él era el dimitente. Satisfecho de la proeza periodística que la Divina Providencia me había deparado, satisfecho de mi almuerzo, sabroso y abundante, satisfecho por el habano que saboreaba y que había comprado por tres reales en una cigarrería del tránsito, me puse a recorrer la ciudad.

A las tres de la tarde estaba de regreso en el Hotel y me había echado en la cama a hacer una pequeña siesta, cuando, entre dormitando, oí que alguien golpeaba a la puerta de mi cuarto con los nudillos de los dedos. Salté de la cama y como estaba vestido, abrí inmediatamente la puerta. Un hombre bajito, delgado, de perita rubia, regularmente vestido, me preguntó:

— ¿Es usted don Pablo Della Costa?

— Sí, señor.

— ¿Corresponsal de «El Diario» de Buenos Aires?



— Si, señor.

— Bueno. Entonces tenga la bondad de acompañarme. Soy oficial de policía.

Me alarmé, pero disimulé mi alarma. Un periodista nunca debe tener miedo, aunque lo tenga y aunque se trate del dictador Santos. Pregunté al oficial, cuál era la causa por la cual se me llevaba preso. Me dijo que lo ignoraba y que sólo cumplía con la orden que había recibido de detenerme. Salimos del Hotel, costeamos la Plaza de la Matriz y entramos en el Departamento de Policía, ubicado en los bajos de la Sala de Representantes. Sin agregar palabra, el oficialito me hizo encerrar tranquilamente en un calabozo.

No las tenía todas conmigo. La situación del país, los atropellos que se cometían, el terror que había infundido el gobierno de Santos, me hacían

prever cosas desagradables. Mil ideas de terror me cruzaban por la imaginación. Pensé en el ministro argentino, que lo era entonces el doctor Moreno. Pensé en la escuadra, en el ejército argentino, en el general Roca, en todo lo que representaba fuerza, y pensé en mi mujer y en mis hijos y en todo lo que me ligaba a la tierra, y concluí por convencerme que mi situación era desesperante.

A las cinco de la tarde, después de dos horas mortales de angustia, me sacaron del calabozo y me condujeron al salón del jefe de policía, un salón largo, tapizado de rojo, con los retratos de Artigas, de Flores, de Latorre y de Santos. Un hombre alto, que presumo fuese el jefe de policía, de pie, al lado del escritorio, me preguntó con voz enérgica y corta:

— ¿De dónde ha sacado usted la noticia de la renuncia del doctor Vilaza?

Respiré, y, rápidamente, hice el proceso evolutivo de mi información. Mi noticia había sido retransmitida de Buenos Aires a Montevideo y como probablemente el doctor Vilaza no había presentado su renuncia hasta la hora en que fui preso, había causado sensación en el gobierno. Libre ya de temor contesté con una audacia propia de mi profesión:

— Es un secreto periodístico, señor; no puedo contestar.

Me metieron de nuevo en el calabozo. A las nueve de la noche me llamaron otra vez. No tengo para qué decir que durante esas nuevas cuatro horas de prisión estuve más contento que un chico con un par de zapatos nuevos.

La segunda interrogación fué igual a la primera y mi respuesta absolutamente idéntica a la anterior. Y como consecuencia de esto, me volvieron a meter en el calabozo.

A las diez de la noche empecé a sentir apetito. Los riñones al vino Jerez estaban lejos de mi vista y de mi olfato. Pensé que no era conveniente estirar la cuerda. A las doce empezaba a creer que los empecinamientos periodísticos que tienen relación con el estómago son siempre perjudiciales. A la una de la mañana me volvieron a llamar. El mismo hombre, siempre de pie, al lado de su escritorio, me hizo por tercera vez la pregunta consabida.

— Es un secreto periodístico, señor, le dije, que sólo puedo revelárselo al mismo doctor Vilaza, y, o me llevan a su casa, o lo hacen venir aquí para que yo se lo revele.

El doctor Vilaza estaba en la pieza contigua. Lo llamaron y cuando se acercó a mí, lo llevé a un rincón del salón enorme y le dije:

— Vea, doctor, cuando usted quiera renunciar, no lea su renuncia en los hoteles, porque los hoteles tienen oídos y alojan periodistas extranjeros que de todo quieren hacer un triunfo para su diario.

Inmediatamente fui puesto en libertad.

El doctor Vilaza había desistido de presentar su renuncia.

Pablo
della
Costa



Aventura de Hotel

Habitaba aquel hotel de la rua de Cattete una sociedad heterogénea, pero toda en buena situación. El propietario se enorgullecía de albergar al senador Gomes con sus inmundas levitas, al ex vicepresidente de la ex misión de Méjico, a la primera ex gran actriz de revistas con su perro, a Mme. de Santarein, divorciada por cuarta vez en distintas religiones, al barón de Somerino del Instituto Histórico, a un comerciante tuberculoso llegado de las altitudes suizas con su enorme fardo de esposa, al ingeniero Pereira con su mujer, con sus siete hijos, con su criada, a la notable trágica Zulmira Simões de regreso de una jira por las provincias en compañía del elegante Raymundo de Souza, a dos señoras viudas, solteras o perfectamente casadas, en fin, todo un mundo muy variado, pero que pagaba bien. Por lo demás, el propietario, como lo aseguraba la ex estrella de revistas, estaba a la recíproca; esto es, los servía delicadamente. Había electricidad en todos los cuartos, un baño de lluvia en la azotea y un cocinero chino.

A la hora del almuerzo era curioso ver toda aquella gente en la sala del piso bajo ornada de palmeras y de flores comunes, entre los pulidos metales de la vajilla de mesa. El comedor tenía el techo bajo, con una luz de claraboya; parecía un submarino o un acuario. Por lo menos a mí. Las actrices tomaban aires graves de peces evolucionando ceremoniosamente en el fondo de las aguas para complimentar a las damas que no eran de teatro; los hombres eran reservadísimos. Todos comían silenciosamente, cada uno en su mesa, oyéndose a penas el ruido de los cubiertos. Sólo cuando aparecía un huésped nuevo, surgían frases breves.

— ¿Quién es?

— El diputado Gomensoro.

— ¡Ah!

Siempre grandes nombres, gente importante, un conglomerado blasónico de celebridades de la burocracia y títulos bombásticos. Y por la noche, en el zaguán de entrada, zaguán de mármol que el gerente guarnecía de vieja tapicería y adornara de un indecible mobiliario cuyo estilo oscilaba entre el otomano, el belchior y el inglés confortable, podía verse a los representantes de todas las clases sociales desde la diplomacia hasta el «trololó».

Precisamente teníamos dos nuevos huéspedes, el viejo ministro del Supremo Tribunal, Melchior y su sobrino Raúl Pontes, joven elegante, vivaz, espiritual, con veinte años irresistibles. Todos en el hotel respetaban a Melchior y gustaban de Raúl y nadie olvidara su «verve» cuando el diputado Gomensoro, después de estrecharle la mano, notó la falta de su reloj. ¿Dónde se había ido el reloj? ¿En el tranvía? ¿Robado? ¿Salió Gomensoro con él? El doctor Raúl Pontes reía de todo corazón. El reloj se había evaporado seguramente. Era el calor. Y fué muy oportuna aquella broma, tanto más cuanto que el viejo Melchior, representante de la justicia, mostrábase incomodado.

Al día siguiente, al vestirme para el almuerzo, acordéme que en mi corbata crema había quedado un alfiler de turmalina azul con brillantes del Cabo, linda alhaja y lindo regalo. Abrí el cajón donde lo dejara la noche anterior. No estaba allí. Abrí otros cajones, removí los baúles, todos los muebles. El alfiler había desaparecido. Quise prevenir al gerente. Pero me contuve. Podía haberlo tirado en algún rincón. Cuando se busca un objeto la gente lo ve sin verlo. Además, una queja sin pruebas contra el criado atraería su mala voluntad. Menor tal vez que una queja con pruebas, pero siempre lo suficiente para ser mal servido. Y yo soy prudente. Tres o cuatro días después, el senador Gomes, que sólo tiene libros y ropa vieja en su aposento, preguntóme de repente:

— ¿Usted tiene un alfiler de turmalina azul, no?

Además de prudente, yo soy inteligente. ¿Por qué diablos, en aquel hotel distinguido, el senador indagaba por un alfiler desaparecido? ¿Se trataba de una broma? Era poco propio para su alto cargo legislativo, pero para mí sería una prueba de simpática confianza. Me hizo el efecto de un papirotazo en el vientre. Respondí:

— Sí, tengo.
¿Por qué me lo pregunta? Aun hoy sali con él...

Gomes había trabado con la genial Zulmira Simões, oráculo teatral de aquí y de allende los mares, una discusión superior sobre Calderón de la Barca, a quien, ambos imputaban varias piezas de Lope de Vega. En tan elevada esfera del drama español, Gomes no respondió a mi pregunta, y yo, que aquella noche no salí de casa, al retirarme antes del té, sólo encontré en el corredor al viejo Melchior muy abatido, cerré la puerta por dentro, dormí y al día siguiente noté la falta de mi portamonedas de plata. ¡Cosa estúpida al final!

El ladrón, — porque era un ladrón, no cabía duda, — ladrón o bromista sin gracia, había dejado mi cartera y había dejado hasta los níqueles para significarme seguramente que aquello era suyo y que estaba allí porque él volvería. ¿Qué hacer? ¿Prevenir al propietario? ¡Pero yo estaba en un hotel tan distinguido! ¡Era poco correcto y causaría el desequilibrio en la confianza general! ¡No! Era mejor esperar.

Al día siguiente, al volver de escuchar «Don César de Bazán» con Zulmira Simões y el brummeliano de Sousa, cuando éste subía, la actriz le murmuró:

— ¡Ah! Amigo mío, este hotel tiene cosas curiosas... ¿Sabe que fui robada?

— ¿Seriamente?

— Sí. El objeto tiene un valor relativo, era un dije que me dió Raymundo cuando nos conocimos. No le diga nada, que le incomodaría. Por lo demás, no soy la única. Al doctor Pontes le robaron su portamonedas.

— ¿Como a mí!

— ¿Al señor también? ¡Pero estamos en la caverna de Ali-Babá!

Felizmente horas después estallaba el escándalo. Por la mañana, Mme. de Santarein quejóse porque le robaron su «face a main» de madreperla con incrustaciones de oro dibujadas, decía ella, por un pintor húngaro. Y el gerente echó al criado Antonio porque a él le faltaban también repasadores y servilletas, dos o tres perdió. Antonio salió protestando, furioso. Hasta amenazó con un proceso por daños y perjuicios. Era un ladrón cínico. Y durante el almuerzo la conversación se generalizó. Nadie había escapado. Lo que pasó conmigo le aconteció a de Sousa, al barón de Somerino, al comerciante tuberculoso, al ex vicepresidente de la ex misión mejicana, a la estrella de revistas, al doctor Melchior. Todos habían sido robados. Y lo confesaban desahogándose. Se recordaban circunstancias especiales. El doctor Pontes, nuestro caro Raúl, preguntó a la genial Simões:



— ¿Usted andaba buscando al ladrón aquel día que la encontré en el corredor?

— No; aun nada sabía. Tenía a penas un presentimiento. Opino que debían haber prendido al hombre.

— ¡Pero si no hay pruebas! — exclamaba madame de Santarein. — ¡No encontraron nada! Era muy hábil. El día que desapareció mi «face a main», no había salido de su cuarto.

— Robos extraordinarios...

— Estamos bajo el dominio de ladrones geniales. Necesitamos de un gran detective para descubrir el crimen...

— ¿Y prender al sirviente Antonio? ¡Para ladrones de ese género basta nuestra policía!

Además, el tal Antonio, más que ladrón parecía un enfermo. Porque el hombre nunca robó dinero y las servilletas del hotel eran insignificantes en cuanto a su valor. Mas, fuese ladrón genial o enfermo, Antonio se fué y volvió a renacer la confianza. Pasamos así una semana y con gran pasmo nuestro, Mme. de Santarein y la actriz Zulmira Simões, el mismo día, a la misma hora, encontraron encima del lavatorio, una su «face a main», y la otra su dije.

— ¡Es una aventura! ¡Es un caso diabólico! — sentenciaba el comerciante tuberculoso.

El hotel se convulsionó. Tan sólo el senador Gomes refunfuñaba:

— ¡Qué bestial!

Y aquella frase, dicha tristemente, preocupóme. Porque en el fondo, el sujeto, el ilustre hombre, tenía razón. El ladrón, o «sportsman» de robos, no era Antonio, era otro, existía, anunciaba su presencia, estaba allí, a nuestro lado. ¿Audacia? ¿Lo-



cura? ¿Estupidez? Al día siguiente notóse la falta del collar de oro con piedras finas de la actriz Simões y los aros de la mujer del tuberculoso. Fué el terror. Los huéspedes atrancaban sus cuartos y salían llevándose sus objetos de valor en los bolsillos hasta para almorzar. La limpieza de los cuartos se hacía en presencia de los respectivos locatarios. Ya nadie se hablaba. Había entre nosotros un ladrón. ¡Un ladrón! Las señoras, de miedo, no salían de sus cuartos. Nadie salía sin una necesidad urgente, temiendo ser sospechado aunque sea por un instante, como lo fué Antonio. Todos éramos los indicados de aquellos delitos; teníamos que llegar a la tragedia. El gerente, lívido, armaba una polémica interna feroz; los criados servían afligidos, con una humildad dolorosa, temiendo la sospecha, y el ex vicepresidente de la ex misión de Méjico se obstinaba en escribir al jefe de policía para que vinieran a revisar todos los cuartos.

— ¡Por amor de Dios! — gemía el propietario.

— Es otra tontería, — acrecentaba Gomes. — Tenemos aquí gente respetable.

— ¡Está claro, tiene razón! — decía luego madame de Santarein, divorciada por la cuarta vez.

Y a pesar de la vigilancia, continuaban desapareciendo objetos. ¡No era posible! O salir de allí o quejarse a la policía.

Una vez encontré en la ciudad a Melchior y a Pontes, acompañando a Mme. de Santarein a una confitería. Eran las dos de la tarde. Volví a la pensión. Por una coincidencia, vivía en el mismo corredor que estas tres personas, junto al cuarto del senador Gomes. Estaba por desvestirme cuando sentí pasos silenciosos. Entreabrí la puerta. Era el alegre y siempre espiritual Pontes. Iba a su

cuarto. Mas no. Detúvose frente al de madame de Santarein, sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y entró. ¡Oh! ¡La inmoralidad de los hoteles honestos! ¡El afortunado! ¡Oh! ¡Las honestísimas señoras! Poco después volví a oír un leve rumor, espí de nuevo. Era Pontes que con el aire más natural cerraba la puerta y se iba apresuradamente. Quise gritar, decirle: párese, tunante, u otra necesidad cualquiera — porque por naturaleza yo soy bromista. Pero resolví dejarlo para la comida. Y por la noche, madame de Santarein, que había llegado momentos antes, apareció en el comedor agitada: le habían robado el broche de rubíes.

Estábamos todos presos de un sentimiento de rabia cuando la gentil señora gritó:

— ¡Acaban de robarme mi broche de rubíes! ¡Uno más!

Mis ojos claváronse en el doctor Pontes. Tenía el mismo pavor de los demás, su mismo aire y mirada.

Una idea a través de mi espíritu. ¡Era él, el ladrón! No había duda. Pero, ¿si fuese a penas el amante? ¡Porque al fin era un hombre que debía respeto a su nombre, a su tío!

Las pruebas eran contrarias a él, absolutamente contrarias. Nadie pensó siquiera salir del hotel después de aquellos robos. Era preciso aclarar la situación. Yo promovería el escándalo, diría que lo vi entrar en el cuarto de Mme. Santarein y las explicaciones vendrían después.

Iba a hablar, iba a contar todo, cuando sentí que pesaba sobre mí la mirada del senador Gomes, que moviendo la cabeza, moviendo el cuchillo entre sus dedos, parecía en todas formas pedirme que no dijera nada. ¡Gomes sabía! ¡Desde el día en que me habló de mi alfiler! Me contuve. También, porque en aquel momento entraban la Pepita con su perro, ambos desesperados por la desaparición de un anillo, una marquise admirable, al decir de la estrella.

El ingeniero Pereira, irguióse:

— ¡Gerente! No me quedo ni un día más en su hotel. La situación es delicada para el primero que salga de este infierno, pero yo la afronto. Tengo familia, tengo una esposa nerviosa y tengo valores. Soy el ingeniero Salustio Pereira. Mis valijas pasarán por su oficina para que las revise. Prepáreme la cuenta.

El diplomático, que entre paréntesis debía la pensión de cinco semanas, tuvo un gesto:

— Yo también me voy.

Los otros permanecieron callados, estaban anonadados, mas con gran admiración mía, el doctor Pontes habló:

— Vivimos desde hace algún tiempo bajo una

Pablo Barreto (João do Rio)

pesadilla. Hay aquí un ladrón, o un ladrón de afuera posee una llave.

— Es eso, una llave... — observé yo.

— Pero a pesar del respeto mutuo que nos debemos, la desconfianza existe. Así yo, ya pensé mal de mi tío. Propongo, pues, que al salir de aquí visitemos todo el hotel, revisando todos los cuartos. ¿Les conviene?

Yo acababa de tomar el café y admiré a Pontes: o es, me dije, un ladrón espléndido o es inocente. En cambio, el senador Gomes miraba la puerta, estaba muy pálido. ¿Qué iba a ocurrir?

— ¿Les conviene? — volvió a decir Pontes.

— Claro está que sí, — dijo Gomes. — Salgamos todos en caravana empezando por la entrada. Es un medio alegre de terminar con una obsesión trágica.

— ¡Apoyado! ¡Este Pontes es siempre el mismo! Mas Gomes, entre el rumor de los comentarios, levantóse y salió. Yo le seguí, alcanzándole en el corredor. Estábamos solos.

— El ladrón es él, — murmuré. — Yo le vi entrar en el cuarto de la Santarein...

— No es.

— Entonces, ¿quién es?

— No lo sé.

— Es imposible negar por más tiempo. O usted me lo dice o yo revelo todo públicamente. Sólo el gran respeto...

Gomes tuvo un gesto de alucinado, deteniéndose junto a la escalera que conducía a los aposentos superiores.

— Nada de palabras inútiles. ¿Jura guardar secreto?

— Es un crimen.

— ¿Jura?

— Juro.

— Pues bien; salvemos a una pobre mujer, salvemos a una loca, mi amigo, ¡salvémosla! No me pregunte por qué. La amo como un padre, como un amante, como usted quiera. Es ella la que roba, ella es. No soy medio de impedirlo. Voy a echarla de aquí y al mismo tiempo tiemblo de verla en la cárcel. Está loca. En este mismo momento nos encontramos a merced de la suerte y de los disparates de Pontes a quien yo debería odiar. Pero vamos a salvarla. Es preciso salvarla. Todo será restituido. Ya lo he hecho. ¡Cuidado! Escóndase, escóndase. Ahí, debajo de la escalera. Que no lo vean, que no lo vean...

Alguien bajaba corriendo la escalera. Escondido, latíendome el corazón, mientras Gomes colocábase junto al pasamano de la escalera, oí su voz preguntando:

— ¿Todo?

— Sí, miedoso mío, sí; yo tenía todo junto. Tome. Y ahora, yo también...

El bulto pasó hacia el zaguán de la entrada. Del comedor salían los huéspedes, apasionados con aquella investigación policial a los cuartos. Trémulo, lívido, Gomes metióse en la mano un paquete, mientras guardaba en los amplios bolsillos de su levita y de los pantalones otros pequeños envoltorios.

— Mañana, — me dijo, — restituiremos todo por correo. ¡Sea bueno, sálvela!

Era atroz, era trágico, era ridículo ver a aquel hombre ilustre y honesto guardar los objetos robados por una kleptomana satánica, y era estúpido lo que yo hacía. ¡Estúpido, mas irresistible!

Fuese quien fuese esa ladrona inteligente, era de una audacia, de un ingenio, de una sutileza y de un egoísmo diabólicamente espléndidos. Estiré el pescuezo en una ansia de curiosidad para saber quién era, para ver quien podía, en un hotel tan repleto de huéspedes, ser aquella de la que yo me hacía cómplice, aquella que, misteriosamente, impalpablemente, durante un mes, trajo al hotel la atmósfera de duda, de delito y de infamia. Y conteniendo un grito de horror, vi a Mme. de Santarein entrar al zaguán, sonriente y tranquila.

Bien, pues; lo que conocí al doctor Barandiarán (un médico recibido, de mucha preparación) nos preparizamos con él, eso que la gente expresa diciendo *una cosa bárbara*... y no es bárbara ni cosa; pero algo quiere decir, y todo el mundo lo entiende.

¡Qué doctor aquel doctor! Mozo lindo y criollo neto, por más que era hijo de vasco (pero sin gorra de tal) su varonil gallardía causaba buena impresión, siendo un ejemplar macuco de esa raza vigorosa, tan necesaria en América, donde no habría alambardados ni propiedad definida, si el ñandubay (esqueleto de la red que la circuye) no encontrara un domador que lo barrena y serrucha, en cada hijo de Vasconia; pues por algo saben ser esos hercúleos vascuences, paisanos del mar y el fierro; verdadera yunta brava, por lo dura y lo indomable.

Nos conocimos con él cuando era en Choritolongo médico municipal de aquel partido del sur, que no por ser un puchito como expresión geográfica, se creía sin sus derechos a alimentar pretensiones, contando como contaba con un cine en un galpón, un diario semanal (editado por la imprenta de una población vecina, que lo fletaba un día antes de aparecer cada número) y otros focos de cultura, que le imprimían aspecto de urbe alegre y progresista, muy pagada de sus cosas, pero más aún de sus gentes. Como que el diario habló hasta de su *hélite* (¡qué bárbaro! lo ponía con hache) cierta vez que dió el elenco del público distinguido, concurrente... no sé bien si es que era a la misa de once (la única que se oficiaba) o si a un bailongo muy fiambre del salón municipal; de aquel suntuoso salón, antes barraca de frutos y hoy tiatro de vanidades, compadras y flirteos... cachis hasta el caracú.

Allí me lo presentaron (digo que en Choritolongo)... ya no me recuerdo quién; ni es fácil que me recuerde, dado que allí, cualquier quisque hace las presentaciones, sin conocer bien al otro (¡qué digo al otro... ni a uno!) y se queda lo más fresco... Ello fué, si no me piso, creo que en el «Club la Unión», que era el más alto exponente de la sociabilidad de aquel culto vecindario, cuyos individuos todos... si no llevaban cencerro, era porque Dios es grande, y cuando El está de humor se permite ¡cada cosa!

Una prueba convincente del acierto y la cordura de los organizadores de aquel centro de atracción, al darle un nombre tan propio, eran los siete buracos ubicados a capricho sobre dos muros fronteros de la sala de billar (que también lo era de baile, de lectura, de sesiones de la junta directiva... y de otros más menesteres) recordando pintorescos incidentes de revólver, con pésimos resultados para la naciente fama del mistongo *stand* de tiro de aquella localidad; pues ni un solo proyectil de los allí fulminados, no había hecho su deber, gracias a aquellos mulitas, tan vivos para gastar su pólvora... y no en chimangos...

Los socios que concurrían sólo por matar el tiempo, pues ya se ha visto que allá nadie corría peligro de muerte ni de lesiones... (hasta el morirse de risa resultaba algo imposible, causa del opio reinante) eran puros funcionarios de la situación política, que por sus sueldos estaban en tren de darse ese lujo... y cinco o seis extranjeros, que a gatas podían ir sólo los días domingo, pues tenían los negocios abiertos entre semana... y como no eran ubicuos no podían encontrarse en ambos sitios a un tiempo.

¡Linda sociabilidad, aquella del «Club la Unión», cordialmente desunida, que sabía hacerse ver por su crianza y su cultura... igual que postre de fonda o pito viejo de vasco, que allá se van por lo cortos!...

Como ni yo ni el doctor jugábamos a barajas, tal vez por haber leído al gaucho de Schopenhauer y profesarle manía a todos los zanagorías que se solazan a base de cartonitos pintados (filisteos los llamaba, con intención despectiva) no sabíamos pisar, pero que ni por un queso, en la pieza donde algunos se reunían por las noches, perdiendo un tiempo precioso para ganarse un café (siendo que hay tanto infeliz que tiembla si se lo dan) jugando a esa gran pavada que llaman *tutis del medio*... y es el ídem más seguro para graduarse de otario...

De todo esto resultaba que en aquel honesto emporio de aburrimiento corrido, ni yo ni el pobre doctor sabíamos proceder para medio darnos vuelta, cosa de pasar las noches sin dormiros de parados (¡habían tan pocas sillas útiles para el servicio!) bostezar a contrapunto, o de no, como unos zonzos, patiar a aquellos idiotas (eso es lo que merecían) en su infame entretención, donde *salen arras-trando*!... ¡Vaya un programa atrayente... y además, para hombres solos!...

Puestos frente al *tadium vitae* de situación tan incómoda, concluimos por donde acabamos los que no tienen qué hacer; por latarnos mutuamente, adoptando ese sistema que rige en las monarquías; hablo del *turno pacífico*; que si la ley es pareja, no resulta rigurosa.

Cierta vez que era el doctor quien tenía la palabra, me decía... no sé qué, mientras que yo, resignado, no tenía más defensa que

chamuscarse cigarrillos, chupar cerveza de a pocos y fingir un interés... que un de repente pasó de interés a capital, por lo grande y verdadero, cuando recién me dí cuenta de lo que me conversaba.

—Vea, amigo (me decía), el genio improvisador y las salidas agudas de nuestros buenos paisanos, son algo que no es de creer: sobre todo, por la fuerza de penetración sutil con que, ahí no más, sobre el pucho de alegaciones banales, madrugan al contendor y traviesos le barajan fácil el *lao de los palos*. ¿Quiere que le haga aura un cuento que viene a ídem? Pues, escuche. Lo que mataron a Elías (el turco de las bandolas, como sabían llamarlo)... Usted no lo conocí, ¡qué espantoso es muy nuevo, y al pobre lo asesinaron ya hace un tiempito... Verá era un viejo *camelot*, muy diablo para su oficio de mercachifle ambulante... no como los que andan aura, a base de *tutto a vinto*, que son unos pobres gatos para aquellos de en otrora, que eran tigres de verdad, no de talabartería. Aquel turco era un sicólogo, profundo conocedor de las mujeres camperas, cuyo espíritu calaba con igual facilidad que un cerealista a una bolsa... y sin precisar de pinche... Como le hubiese tomado un parecer Mefistófeles, sobre todas las zoncercas que colocó en el estuche tentador de Margarita, creo que con la mitad de lo que gastó en pavadas, se la hubiese pastoriado sin andar con tanta historia. Y ese cincuenta por ciento de beneficio, merece los honores del estudio, tratándose de señoras, por las que sabemos dar el triple de lo que valen... de puro otarios que somos...

Como conocía bien a nuestra bella mitad (sobre todo, a la de aquí) no se cargaba de artículos que no fuesen eficaces para el puro coqueteo de las ingenuas paisanas. Toda su mercadería consultaba la intención de pulir a las mujeres, tratando de embellecerlas. Llevaba un mundo de cosas en el ramo de *toilette*, como ser: *bainas*, *bainetas*, horquillas, polvos de arroz, aguas bien, jabones finos (cero veinte la pastilla)... y en particular, espejos; que para toda mujer, le contemplarse a sí misma es su mejor espectáculo...

¡Pobre Elías! aunque bueno, tenía también su falla, o su manquera moral... o como quiera llamarse aquella manía loca de no confiarle a ninguno la custodia de su tocio... Jamás tuvo una libreta de depósito bancario; ni un crédito en una casa de comercio, conocida; ni nunca llevó su grano de arena a la «Caja de Ahorros»... ¿Sería por desconfianza? ¿Previsión para cuerpriarle al peigro de un em-

ESTILOS RIOLLOS

PIPOPO TENTADOR

Por SEVERIANO LORENTE

bolsiya, bien grandes y muy seguras? Todo lo llevaba encima; y hubiera sido más fácil arrancarle un par de pesos o tres, a cualquier canario que volara por el aire, que sacárselos al turco, que al acostarse a dormir daba balance de fondos, sin que faltase un centavo de los muchos que escondía... siempre que no los mostraba con punible ostentación.

Y eso fué, sin duda alguna, la causa de su infortunio; el afán de hacerse ver como hombre que anda en la buena y da envidia a los demás. Los amigos de lo ajeno pierden fácil los estribos, lo que lo ven tan cerquita que basta alargar las uñas (bien armadas o sutiles) para quitárselo a otro, por la fuerza o por la astucia. La plata del tal Elías era bastante comadre, para que algunos golosos no la arrastrasen el ala, viendo de alzarse con ella...

¡Tenía que suceder, aunque no estuviese escrito! Un mal día (pues es torpe llamar bueno al en que ocurren o siniestros o tristezas) unos pibes tropezaron, adentro de un pajonal, orilla de la laguna, el cuerpo del pobre turco, jediendo a muerto e hinchado de una manera monstruosa; pues la descomposición cadavérica era enorme, activada por cincuenta grados de temperatura (claro es que lo eran al sol) de un verano sin vergüenza... pero con *coup de chaleur*, del que hubieron varios casos.

Así la caja torácica, como la que alguien llamó la de la *pasta divina* (únicas que se notaban en el lugar del suceso, pues la de fondos voló, como puede maliciarse) habían sido chuciadas y heridas sin compasión, con tan despiadado lujo de ferocidad salvaje y de cruel ensañamiento, que solamente los hombres podían ser responsables de una muerte tan odiosa. Las fieras, como son brutos, nunca hacen el daño inútil, sino aquello que precisan... y no por hacer sufrir: el martirio es invención de nuestra misera especie, que algunos ingenuos nombran humana... (sí; por antífrasis; que bien inhumana es).

Hubo autopsia, ¡cómo nol, es de regla en casos tales, aunque al doctor no le den elementos a propósito... Es más; ni aunque se los diesen... Esas pesquias *post mortem*

suelen ser muy defectuosas; ¿quiere que le dé una prueba? Aun no se sabe dónde anda uno de los proyectiles que Zolgos metió en el cuerpo del ex presidente Mackinley... y eso que eran cinco tiros de lo mejor de su país, los médicos que anduvieron por cazarle, sin lograrlo, ni en recinto tan angosto como el cuerpo de un difunto. Conque, hay que echarse a pensar sobre el resultado útil de las autopsias de aldea... hechas *pour l'exportation*, sin honorarios ni estímulos... y de malísima gana.

Volvamos a nuestro cuento, puesto que a nada conduce hablar de balas perdidas, que no han de matar a nadie. Hablandolo al comisario (que fué quien me dió la orden de oler a muerto hora y media, sin malditas las ventajas para la vindicta pública) de que precisaba gente para hacer la operación y sujetar al cadáver, que se cae a los costados como no le agarren bien... —«No se desafilja, amigo (me contestó muy seguro), lo que le sobrá es gente que le ayude en su tarea... Los calabozos están, digamos, *au grand complet*; con que, pida lo que guste: su boca será medida».

Unos momentos después ya tenía yo ayudantes, si no muy doctos (pues eso no era lo que se buscaba), tan fuertes como esquiñeros; un paisano viatador y un poquito mangiacaña (digno de llamarse Robles, por ser recio como dos) que ya al tercer copetín se peliaba con su sombra... y un vasco morrudo y fuerte, que estaba allí detenido por ebriedad y lesiones, según rezaba el sumario; total, más ruido que nueces; una regular *moscorra* (como llaman en vascuence al ponerse divertido) y una trompada... de vasco, con la que le había puesto a un gringo un ojo en compota.

La elección de candidatos honraba a la policía: ambos eran bien frisonos y fortachos como estacas; pero ni el uno ni el otro dejaban de ser ariscos para la ingrata emergencia, tan refida a un mismo tiempo con la caridad cristiana y el sentido del olfato. En la actitud y en el gesto de aquellos dos infelices se notaba la aversión por un rol tan repulsivo, si fácil para sus músculos, penoso para sus nervios... y aun mismo para sus creencias.

Yo, que conozco a los vascos por haberme criado entre ellos, sé de las supersticiones que les sugiere la *Intrusa*, reveladas por un rasgo de aquellos que hacen pensar, por lo plenos de puestas. La luna no tiene nombre en la lengua milenaria de esa gente brava y buena. ¿Sabe cómo es que le dicen a nuestro frío satélite? Le llaman *luz de los muertos*. ¿Qué le parece la cosa?

De nuestro criollo, ni hablar; cuando un paisano es de cepa (y casi todos lo son) no le hace ascos a los hombres ni le tiene chuchos a nadie... hasta que ya lo ve muerto... Los difuntos le procuran un terror que no se explica. Sólo deja de temblarlos en velorios concurridos; o si el que está en el cajón es angelito... y entonces se presta para farfiar.

Sigo el cuento: yo aguiyaba a mis colaboradores, haciéndome el que no veía ni les llevaba el apunte, viéndolos de rabo de ojo. En tanto que preparaba los cachivaches del caso para emprender la labor, les estudiaba a mi gusto, siguiendo sus impresiones, que fuera inútil cambiaran entre sí los sin ventura... ¿Para qué tal intercambio? ¿Para quedarse lo mismo, es decir, muertos de susto... o cosa muy parecida? Acercandosele al muerto, con un andar desconfiado, el uno empujaba al otro... y el otro empujaba al uno, viendo de darse un coraje tan ausente de los dos... ¡Qué yunta de ricos tipos! Caminando hacia el cadáver, para no parecer maulas, avanzaban lentamente... retrocediendo en seguida, rápidos como dos balas, con ignorados pretextos, que les alejaban más de la zona del jabón...

¿Cuánto es que habría durado aquel juego? ¡Quién sabe! Pero al dirigirme yo a ellos, diciendo: —«¡Vamos, señores! Acerques... siquiera uno, para darme una manito —me apercibí claramente (aunque lo hizo en voz más baja que yuyo en tiempo de seca) que el criollo decía al vasco: —«¡Vaya amigo, apuresé. ¿No ve que lo habla el doctor?» — Y cuando el vasco, perplejo, replicó con frase tímida: —«Dise usted que hablar-me me hase?» — «¡Natural! (retrucó el otro) ¿a quién va a ser sino a usted? ¿No ve que le ha conocido que usted es más inteligente?»...

Y me agregaba el doctor, lo que me contaba el caso: —«¡Jamás me he puesto yo a reír, con violencia más ruidosa, ni con un menor dominio de mis excitados nervios, que no me dieron ni calce para dominar mi impulso, tan impropio de la escena... Lamento sinceramente aquella profanación... Pero, ¿qué quiere mi amigo? me tomó tan descuidado, que no lo pude evitar. Tan feliz fué la salida que a mí me cazó sin perros. ¿Quién se domina al oír un piropro tan astuto, sabiamente improvisado para rendir la tozuda voluntad de quien se opone (con oposición vascuence) a una invitación tenaz? El zorro de la famosa fábula de *Le corbeau*, no se expidió con tal gracia, siendo un misero poroto, comparado con aquel modo de apagar faroles».

DIBUJO DE PELÁEZ.





ARTE URUGUAYO

RECUERDOS DE ESPAÑA
ÓLEO DE PEDRO BLANES VIALE.



ALBINO DARDO LOPEZ

La cerdeada

Sucede en el campo que las «niñas» se enamoran de los gauchos. De aquellos que son troveros de su mocedad, con sensaciones de payadores. Es un fondo sensible en ellas, de sublevarción innata, contradictoria, al ambiente forzado que las culmina. Edad de hechicerías, las vuelan sus pimpollos de años en pos de lo hermoso y aventurero, como entre plumas. Naturalmente. En el privilegio de la canción sobre las almas.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
pareces campanillita
hecha por un relojero.

Una copla así le había conquistado el alma. Era el solcito del pago, la rubia, cuyos cabellos tenían encantos dormitados de pajas secas. O la ternura, el gusto y la seda, de las mazorcas que se maduran.

Pelo de oro como hilachas
de choclo recién cortao.

Otra comparación así, la estremeció, con dulzura de misiones sobresentidas.

Su casa no era un nido. Vivía el alba de sus ilusiones en un edificio seco de ladrillos, cabeza de chacra modelo. En invierno castigaba el cierzo por el corredor, silbando; y de verano lo abrasaban los resplandores. Siempre invadido de la tierra del acarreo y la playa de los arados. Y allá, a treinta cuadras, sugestionante a los ojos ansiosos de belleza fresca y libre, el rancho arropado entre un cerco de árboles, sobre campo verde y fragante. Silencioso, una huella como un hilo, ondulada... Aquello era un nido... Y las miradas de la niña rubia, desde una ventana empolvada, recta y severa, se perdían en la dirección, como suspiros que rodasen. Hasta que a los empañes de luz de la oración, hora de hechicerías, se veía galopar en un recoveco de gavilán, la figura del mozo, ignaro caballero romántico, entre las resquebraduras lucientes de la plata del apero. Y palpitaban dos corazones.

El padre, colono ricacho del partido, absorto en las transacciones de plaza, como comerciante agrícola, no sabía de su hija con el alma volada. Pero sí lo sabía, el novio que le dedicara, equiparado a su condición de clase. Sabía que a boca de noche, cuando todos se amparaban a la quietud de la lámpara y el mechero, patronos y peones, Indalecio, el del rancho de la estancia vecina, concurría por aquella ventana, con una cinta rosa o azul para la trenza rubia, y una copla en los labios para su sentimentalidad.

Las puertas cerradas, prevenían por dentro una sorpresa; y por afuera la pared rígida y una empalizada larga, dejaban libre el campo al valor personal. El novio no pisó ese campo. Como hombre culto pisó el despacho del comisario.

— ¡Voló el chimango, don delantero!

El delantero miró. Sobre la casa de ladrillos flotaba, nerviosa de aire, una banderita de arpillería.

— Las once.

— ¡Y cómo no! Rumbie no más a la *manya*, ¿qué se v'hacer? — y le bajó los grados de la palanca del arado, volcando con ruido de raíces cortadas dos caballos húmedos.

La fila del laboreo se encaminó al tranco más largo de los bueyes. Por el camino hablaron, los dos, únicos criollos en toda la tropa de aradores, a gritos para oírse.

— Y mañana es el casorio, ¿no dicen?

— Mañana ha e ser.

— Hable, pues. No le oigo...

— ¡Que sí!

— Ah... Habla como si le doliera.

— Quien sabe...

— ¿Eh?

— ¡Que sí!

— ¡Hombre trabajoso!... ¡No l'entiendo un demonio! — Cimbró la orejera sobre el lomo del buey tronquero y le alcanzó corriendo.

— Usted siente algo; ¿qué cre en sus adentros?

— Yo nada. Pero no se hace eso con ningún hombre. Lo acusa cualquiera, lo llevan preso sin más, y mientras tanto le soplan en mala ley lo único que más quería. ¡Qué hazaña! — Y miró a lo lejos el rancho, que parecía soportando la pompa hojuda de los sauces, un amante olvidado bajo la carga abatida de todas sus esperanzas.

— ¡Cierto, don! ¡Cierto, juna! Nos hemos arrancado las espuelas pa prenderlos al arao, y tuavía nos juegan puercos con las prendas e'l alma...

— ¡Ah, pero v'haber una! Dej'estar... Ellos no saben, yo sé...

— ¿Qué? Vomite...

— Indalecio ha salido. No lo diga a naide. ¡Y esa chanchada no puede quedar así, pa ningún gaucho!

Se le atracó de costillas y de boca, presa de sensación, con el interés que le apagaba la voz.

— ¿V'a matar?

— Quien sabe, todo puede ser... ¡Y esto también! — y la mano tosca, enristrando ligera la picana bajo el brazo, aserró a la nuca algo imaginario y bello.

— ¡Cerdíarla!

No son fieles, ni son constantes, los amores de las niñas. Cuando no se ha sufrido no hay sentimientos profundos. Desvarios, embriagueces efímeras de sol y fantasías, que el ambiente muy pronto, pesando con su grave morigeración, sobre la falta de auxilio, o sobre la ausencia de pecho y palabra cálidos, recupera.

Una honda meditación delibera en la venganza criolla. La nobleza y el honor riñen su partida más encarnizada. Afrentar, es menos noble que matar; pero matar sin el peligro de la defensa, es sepultarse en la más deshonrosa muerte del orgullo de un varón que se aprecie. Y perdonar es ser flojo, permitirles que se «raigán»... Por una perfidia, se afrenta, entonces. Sobre las mujeres infieles cae la misma sentencia que sobre los caballos de los milicos infelices o del alcalde ensoberbecido. Tronchan aquello que más amaron en ellas, y que más acariciaron, el pelo que es su tesoro, a veces con un dolor propio que les desgarró el alma. ¡Pero es ley! Las tonsuran a cuchillo. Y pasean la trenza por las pulperías sobre el copete de su caballo, si es gaucho huido, para que todos le tiendan la mano, y conozcan la trenza de «Na Fulana», la que lo echó al padecimiento. O la aprie-

tan en las noches secretas sobre sus labios, si sólo es amante burlado. La ley rige igual sobre la prometeda que falta a la palabra o la compañera que falta a la fe. Y es fama que «mujer cerdiada» ha de ser desgraciada toda su vida.

Plácido el campo... La caída del sol pintaba de cárdeno el horizonte. Y sobre el fondo expirante de luz, resaltaba oscurecido, como un ramo que se enlutase de sombras, el rancho olvidado. La gritería del acompañamiento anunciaba la aproximación de la boda, y de la hilera de carricoches y volantas, ascendía una columna larga de polvareda, como humo...

Bruscamente, de un recodo, bajo ese humo, saltó la figura descompuesta del amador. Y el cuchillo, antes que nadie pudiera evitarlo, brilló sobre los azahares de la rubia, que abrió los brazos, desatinada, exhalante. ¡Pobrecita!

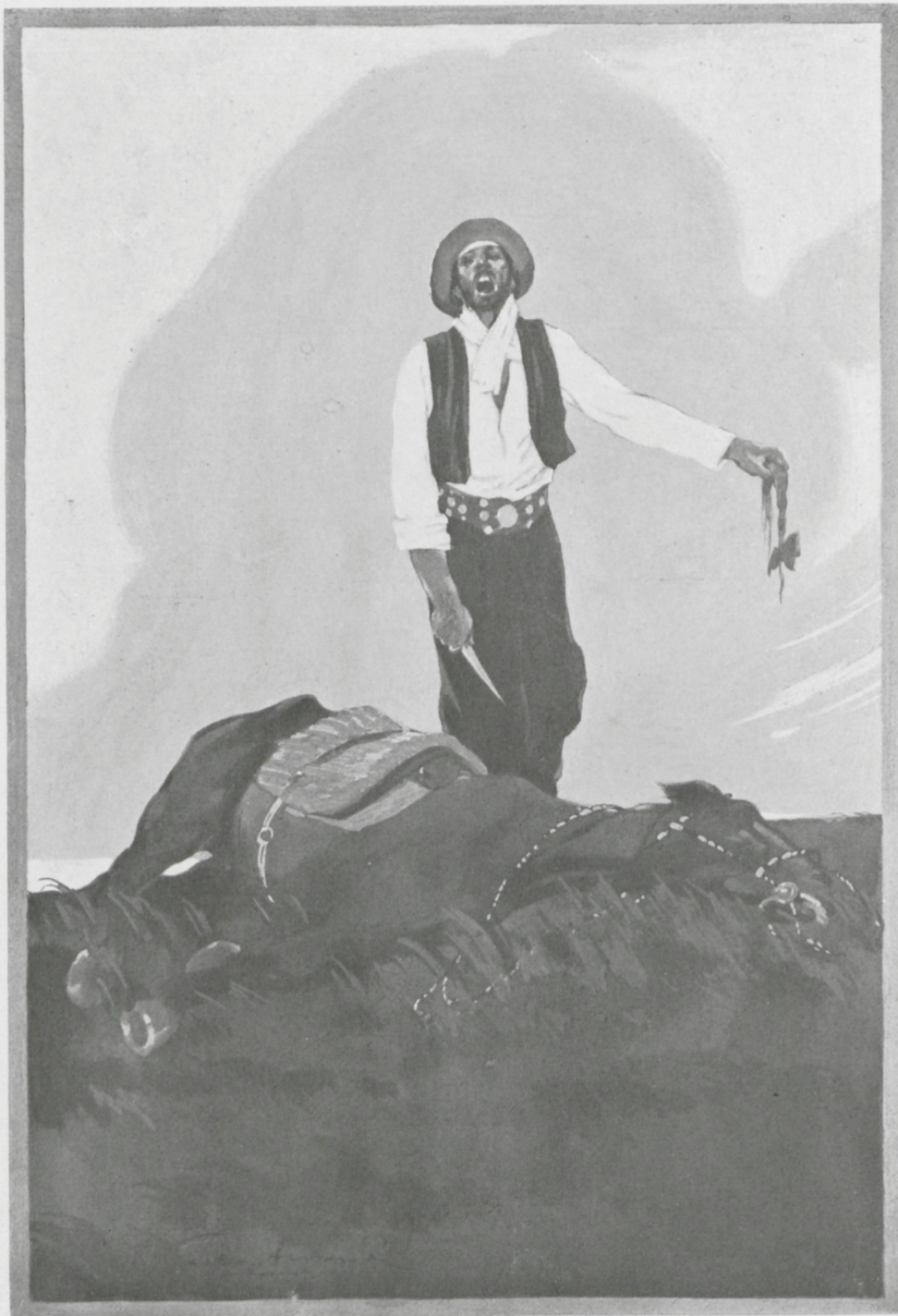
Sonaron algunos disparos. Un envoltorio batido de polvo, señalaba, cortando oblicuo la hilera de rodados, el rastro del jinete. Toda la comitiva se echó a perseguirle. Avidos, se fulguraban de rojo, con el tinte del ocaso, los caños de los revólveres... Y entre el polvo, al rasgarse, relucía en filos cortantes, la plata. Una bala, al fin, le voltió el caballo.

De pie, presentó el pecho a las armas que le apuntaban.

— ¡Maten un hombre! ¡Y digalén que baile... esa ingrata!

Dos gotas le surcaron la cara. Los revólveres se inclinaron a la tierra. En la serenidad, la atmósfera embargaba sollozos de mujer. Y sin notarlo en la mano, arrasó la lágrima generosa, con el trofeo. ¡Una vara brillante de trenza rubia!

DIBUJO DE CENTURIÓN





M A C A N E O G R A F I A.

Cierta tarde, un jovenzuelo nos dijo: — Ustedes van a asistir ahora a la clase de un verdadero maestro... — Enarcó las cejas, acaballó en lugar estratégico del prominente apéndice nasal los monumentales quevedos, y nos hizo un cumplido elogio de nuestro profesor:

— Ustedes apreciarán—aseguraba con suficiencia— la importancia intrínseca de esas explicaciones, sencillas en su hondura y expuestas en un estilo ameno y atrayente. Es un gran hombre «el viejo»— agregó en tono familiar refiriéndose al menudo provento catedrático.

Mi curiosidad creció en forma alarmante cuando escuché otros adjetivos encomiásticos aplicados en serie creciente al susodicho feliz mortal. — Pero, Dios mío—me interrogaba perplejo—¿cómo es que yo ignoraba por completo que semejante pozo de ciencia infusa hallábase tan a mano en esta ciudad fenicia?... Y entonces, con leve escozor de mi juvenil vanidad, me respondía: — Es que tú, polluelo con plumón, atesoras bien pocos conocimientos y los que posees son harto febles y raquíticos; pesa sobre ti la justificada presunción de que nada sabes, y el día que llegues a aprender cuatro paparruchas, — si no te infatúas, — lo único que sacarás en limpio, y por operación matemática de substracción o resta, es que lo que desconoces se te hace presente, en toda su informe mole, gracias a que te has pasado años y años, humilde, cándidamente, en un continuo acopio de nociones, a veces valederas, a veces endeble o hipotéticas. Pero, eso sí, — me advertía la voz de la prudencia — para «saber que no sabes», según fórmula clásica, imprescindible es que estudies.

Merced a esta peroración interior logré calmarme: no era tan extraordinario, como en un principio supuse, el que yo no estuviese enterado de que existía en nuestro país ese raro ejemplar de maestro, de «verdadero maestro». No; al fin de cuentas, el caballero aludido podía vivir muy tranquilamente a pesar de que yo no me hubiese notificado del fausto evento... Y así, en dos segundos, logré torcer el cuello a esa ridícula presuntuosidad de la muchachez que subsiste, en buen golpe de conciudadanos, hasta en su edad madura y en su senectud venerable.

Consumado el homicidio legal — que ojalá sea definitivo — de esa enfermiza condición del ánimo, quise prepararme para escuchar en buena disposición de espíritu la conferencia de aquel portentoso universitario.

El doctor Carlos Alberto Pérez, que de tal guisa le apellidaremos, penetró al aula por una puerta lateral. Era de pequeña estatura, algo encorvado y de alba epidermis; su modosa apariencia acoplábase en amable armonía con la risueña serenidad de su mirada. De todo su ser desprendíase ese efluvio cordial que establece viva corriente de simpatía en la convivencia humana. Una vez instalado tras el pupitre, calados sus tenués lentes de Carey, la figura diminuta resaltó agradablemente. La corbata, de cándida nitidez, intercambiaba con el rostro sus reflejos blanquecinos, y aquella persona, imagen de la mesura, lucía por momentos la aureola de lo puro y de lo inmaculado.

Comenzó a hablar con modulación apagada; el timbre vocal, aunque «in crescendo», no pudo llenar los reducidos ámbitos de la sala, y ello contribuía, aún más, a trocar en misteriosa aquella ceremonia docente, rodeándola de conturbadores atributos litúrgicos.

A la sordina enumeró hechos simples y corrientes, tratando de coordinarlos sin esfuerzo. Nada denotó su interés por las palabras que desgranaba lentamente; nada, su entusiasmo. En ocasiones una sonrisa, mezcla de apatía y de escepticismo, subrayaba un párrafo bien construido.

«Alcanzar la verdad histórica — aseveró con llana entonación — es un feliz accidente». Y, como al desgaire, señaló la labor de Sarmiento tildándola de «mera faena de periodista», citó algunos tipos del pasado colonial, mentó — por modo escueto, casi de croquis — los ritos religiosos del medioevo criollo y apuntó — trascendentes revelaciones — el precio de una arroba de lana allá por el comedio del siglo XVII y el costo en pesos de una fanega de trigo puesta a la venta pública en aquellos lustros de adelantados y gobernadores. Le oímos con atención respetuosa: nos había impresionado bien el espectáculo, propensos como estábamos a sopesar las opiniones del «viejo Pérez» colocándolas antes en la elevada balanza que la mente reserva para los sólidos pareceres de «los consagrados».

Mas a los pocos días, ¡oh desilusión!, me encontré con un amigo mendocino ya más adelantado en la carrera, tipo perfecto del negador sempiterno. De sopetón me roció con varios denuestos:

— Ya me dijeron que las otras tardes «el viejo Pérez» dió el gran golpe. ¡Clarol... a chiquilines como ustedes que son novatos y no ven que todo «eso» de los lentes, de las afirmaciones en redondo y demás adyacencias son «macanas»; sí, macanas... Allí quizás haya algo de literatura, algo de elocución florida y efectista, pero, ciencia... ¡qué va a haber ciencia! Eso es «macaneografía» y *rien de plus*.

Quedé anonadado, estupefacto. Mi interlocutor era un estudiante inteligente y vivaz; pero yo, en el fondo, no quería creer las «barbaridades» que él hilvanaba haciendo la autopsia de nuestro ídolo.

Por último, terminó en lenguaje áspero y exclamativo:

— ¿Y tú sabes, ¡qué carapel!, por qué lo endiosan a ese simulador? ¿No?... Pues te lo comunico: porque la mayoría de los alumnos tiene que agradecerle alguna buena nota discernida complacientemente, porque es de la camarilla que mangonea en la Facultad, porque en su mesa, ¡qué carapel!, el más burro aprueba la asignatura. Así se es personalidad y hasta «intelectual» en este frívolo Buenos Aires. Macaneografía...; no te rías: ¡macaneografía! y «camamas», como dicen en la madre patria.

Paulatinamente fuimos dotándonos de un fuerte reactivo contra el filtro mágico que don Carlos Alberto Pérez nos servía tres veces por semana. Ya en agosto, el alquitardo bebedizo carecía de sus pretéritas virtudes, anestesiadoras de la crítica, y nosotros, con frialdad de cirujanos, hincábamos el bisturí en las inorgánicas fantasías sociológicas del pulcro catedrático.

Siempre emitimos, y aun hoy quedan vestigios de ello, juicios benévolos — en demasía — acerca de su especial manera de escribir, de su ironía retozona y mariposeante, de su medida elegancia retórica...; pero no transigíamos con lo que muchos suponen ciencia y estudio y sólo es imaginación y fluctuante base documental para la serena investigación de nuestra historia.

Años más tarde llegó a mi poder un libro de Taine. Poco después conocí, en parte, la producción de Anatolio France, y los juicios benévolos vertidos en otra época de mayor lirismo, de mayor ingenuidad y — si es posible lo imposible — de mayor ignorancia, los consideré arriesgados, de débil fundamento. Acentuar este menoscabo en la ponderación literaria, contribuyó asimismo la lectura de los volúmenes que «Azorín» dedica a la «historia contemporánea», quien, en análogo género, borda filigranas de agudo valor conceptual y de fina trama idiomática. Y he de estampar también — olvidando casi a Lucio López, a Cané, a García Merou y a Mansilla — el nombre de Eduardo Wilde, predecesor argentino de dotes muy superiores a las de don Carlos Alberto Pérez, en ese arte difícil y donoso en que la eutrapelia y la jocosidad y el humorismo tejen la urdimbre multicolor de la prosa costumbrista.

Esta breve nota no exige, creo, coronación de moraleja. Queda así, sin retoques, tal como desordenadamente la pluma ha ido recogiendo las hilachas del recuerdo para reunir las en haz ni vistoso ni prieto.

DUBIN, EL TRATADISTA

Presidía un tribunal examinador el titular de «la materia». Era una persona que, con decididos gustos mundanos, no se preocupaba mucho de sus disertaciones universitarias. A ello añadía una mansedumbre y bondad sin límites para calificar a los discípulos en la temida prueba final.

Presentóse un educando cuya audacia corría parejas con su descaro notorio. Empezó a ensartar lugares comunes sin discreción ni tino, aunque revestidos de cierta fluencia verborrágica en la exposición. A los contados segundos, sus ojos adquirieron extrañas refulgencias, y, ante el asombro de los circunstantes, oyéronse las siguientes palabras proferidas con firmeza y altisonancia:

«Bien es verdad que hoy esta teoría no goza de tantos adeptos como en las postrimerías de la anterior centuria; ello se debe, sin duda, a los ataques certeros del publicista francés Jacobo Dubin, quien en la «Revue Historique», etc.

Cuando concluyó ese párrafo grandilocuente, henchido de austero vigor doctrinario, los profesores, de común acuerdo, dieron por finiquitado el examen. Entretanto, el habilidoso alumno sonreía con aire enigmático.

Al ser leídas las notas nos enteramos de que había obtenido ocho puntos, alto guarismo que hasta entonces no figuraba en su planilla o prontuario de haragán incorruptible.

Se retiraba ya de la Facultad cuando el catedrático lo llamó:

— Una pregunta, joven. Si usted me permite... nosotros deseáramos conocer donde ha conseguido el dato referente a ese señor francés, *monsieur Dubin*, pues el apellido no nos suena como tratadista...

— No; claro está. Jacobo Dubin es el dueño de una florería de la calle Esmeralda. No sé que hasta ahora haya impreso más que anuncios y volantes.

JOSÉ M. MONNER SANS.

DIBUJO DE SIRIO.

Mariquiña

Al caer de la tarde, siéntase Mariquiña, siempre en la misma piedra, junto a los alambres espinosos, lo más lejos posible del rancho, con la vista fija en el nordeste, hacia donde un certero instinto le dice que está la lejana «tierruca». Y así, pacientemente, triste, inmóvil, permanece hasta que una voz dulce de madre grita: «¡Mariquiña, Mariquiña!» Entonces, como animalito espavorido, corre a esconderse en el rancho.

Mariquiña es una inocente, una tontita. Reparé en ella a la caída de una tarde pampeana, al apartar yo los ojos del poniente donde la luz solar teñía las nubes. Reparé en ella cuando aquel continuo cambio y fusión de celestiales colores iba perdiendo su influencia sobre mí, cuando el tedio avivaba mi nostalgia.

Tiene Mariquiña una de esas miradas que nos hacen lagrimear y que nos producen algo así como un remordimiento; su rostro respira saludable fealdad. La pobrecita me dió toda la lástima que puede sentir un padre en presencia de los hijos infelices.

— ¡Mariquiña, Mariquiña! — le grité una vez, imitando cariñosamente la música dulce del habla gallega. Me miró un momento vagamente, después volvió los ojos hacia su invisible mira.

¡Pobre Mariquiña, mi voz te fué extraña y comprendiste que ningún consuelo podías esperar de ella! Y al repetir yo tu nombre me miraste desconfiada y corriste hacia el rancho sin esperar el maternal llamamiento.

¡Pobre Mariquiña! Yo no puedo consolarte porque no sé hablar con los humildes aunque sienta sus penas. Nunca habrías comprendido mis palabras, por más de que en el fondo nuestros dolores y nuestras meditaciones se parecen bastante. Ninguno de los dos comprendemos la pampa: es muy grande para mí, demasiado estrecha para ti. Yo la temo como a un mar helado, tú no puedes vivir en la calma chicha de sus tierras. A ambos nos gustan las olas: a ti aquellas de piedra en cuyo seno está tu valle, tu mundo; a mí las que forman las casas en las ciudades.

He leído dos libros en los que se trata de estas cosas, y he aspirado el perfume de otros cien libros, Mariquiña, que exhalan semejante olor. Uno lo escribió un creyente, el otro un escéptico: se llaman «Peñas arriba», «La ciudad y la sierra». Los dos son admirables. Pereda nos dice de como un hombre harto de correr mundos y escudriñar ciudades va a un vallezuelo casi como el tuyo, se acomoda, se habitúa y cumple allí una alta misión humanitaria. Eça de Queiróz pinta a un hombre, terriblemente urbanizado como yo y rico como él solo, que va a la sierra y... se queda en ella enamorado de la vida del campo. Además de estos dos insignes autores, muchos otros te dirían más o menos lo mismo, Mariquiña, si supieras leer. Y te demostrarían lo mismo que me demostraron: que las peñas y las sierras son para el que puede costearlas con su dinero o con su piel y sus sudores.

Si la diosa de la Fortuna no ayuda a la diosa de la Justicia, Mariquiña, ten por seguro que ni tú volverás al suspirado valle ni yo encontraré el camino de la sierra.

Al caer de la tarde, sentada sobre una piedra, sufre Mariquiña la fiebre de su nostalgia, con los ojos clavados en el nordeste. Las sombras envuelven poco a poco aquella triste figura que al caer la noche parece una estatua. Y lo es; a lo menos para mí, porque nadie personificaría mejor que ella el amor al terruño. No inventan la pólvora, ni mucho menos, los hombres sabios, ricos y valerosos que adoran a su patria: cumplen un deber grato. Pero que este amor viva en el alma de Mariquiña, que sin comprenderlo ella constituya toda su alegría, es algo hermosamente instintivo, de una inmensa fuerza. Mariquiña es la estatua de la nostalgia, de la nostalgia lo más puro del patriotismo, porque es el amor a la patria ausente y adversa.

Allí, en el cielo del nordeste casi a ras de tierra,

finge la añoranza un espejismo de desierto; allí reconoce Mariquiña el prado de sus cariños, que verdea hasta amarillear en agosto y que la guadaña pintará de color terroso; allí reconoce la iglesia pequeñita y blanca, olorosa de incienso y llena de tañidos; allí ve las casucas.

¡Id gaiteros de los valles y las rías y las aldeas, id al rincón de la pampa donde Mariquiña sufre sin llorar, sin quejarse, y que de las henchidas gaitas salga el soplo de vuestros pulmones convertido en dulces alboradas y muiñeiras! Mariquiña recordará mejor y sentirá menos, el valle, la ría, la aldea. Por compasión o por burla algunas veces los mozos invitaron a Mariquiña y la pobre, tomándolo en serio, bailaba alegremente. Quizás sintió en el fondo de su mortecina conciencia despertarse un sentimiento amoroso por el mejor bailarín o el último gaitero, y ese cariño es ahora lo más amargo de su amarga morriña.

Raúl P. Osorio

GOUACHE DE ALONSO.



P A G I N A F E M E N I N A S



ASARON los luminosos y serenos días de abril, del divino abril que ofrece la sola tregua de verdadero descanso veraniego a las infatigables mundanas ávidas de disfrutar de las *villeggiatturas* a la moda... Después del vértigo de la vida atrayente del balneario, sea en Mar del Plata o en Montevideo, abrumadas por la continua preocupación de sostener una obligada supremacía en su elegancia y en otras mil pequeñas vanidades, sólo descansa la

infatigable mundana en la breve temporada de la estancia; a ella vuelven también las intrépidas viajeras que buscaron nuevas impresiones realizando interesantes jiras por la pintoresca sierra cordobesa, o desafiando — y son las menos, por desdicha — todas las dificultades e incidencias de atrevidas excursiones, para poder admirar los soberbios panoramas de la majestuosa región andina, y detenerse, llenas las pupilas de azul y de infinito, ante la mágica visión de los lagos del Sud...

Para muchas, sin embargo, nada compensa el encanto de la vieja y sencilla estancia criolla, aquella que conserva aún su poético estilo colonial, con sus amplios corredores claustrales, engalanados de madreselvas y jazmines; también las modernas y suntuosas residencias levantadas en medio de parques de ensueño por los potentados que quisieron disfrutar de todos los detalles del indispensable *confort*, poseen, como la vieja estancia, el privilegio de atraer, conquistando por largas temporadas, a las que han de dar vida y alegría a los viejos corredores claustrales, a las elegantes terrazas desde las que se do-



Es la vida amplia, generosa, de los grandes propietarios de la vieja Inglaterra; pero irradia en medio de esa existencia fastuosa el espíritu amable y delicado de la gran dama argentina, de la castellana de Chapadmalal, doña Julia Helena Acevedo de Martínez de Hoz...

«Miraflores, m'a paru l'asile du bonheur. Je n'y peux penser sans entendre des éclats de rire, sans évoquer des visages heureux, et souriants, des galopades, des allées et venues en liberté, sans me souvenir des propos spirituels, et des conversations ardentes sur mille sujets intéressants.» (1)

¿Quién podría describir mejor que el reputado literato que tuvo oportunidad de disfrutar de la cordial hospitalidad de los esposos Ramos Mejía, la vida apacible, serena, que transcurre llena de encanto, durante la temporada de Miraflores? ¿Cómo no recordar en esta breve nota la majestad de su avenida principal, en la que árboles seculares forman una bóveda que apenas logra atravesar el sol radiante, para dorar por breve trecho sus enarenadas sendas, sus amplios cuadros de césped?

Guardan el acceso a la blanca residencia, con su esbelto pórtico que recuerda el estilo de las Villas italianas, dos enormes leones adormecidos sobre sus pedestales, tal vez por la serena sugestión de aquel oasis en medio de la infinita, solitaria llanura...

El irresistible encanto de la vida patriarcal de Miraflores, congrega en la hospitalaria estancia un círculo femenino *d'élite*, en el que predomina el ingenio vivaz, la inteligencia y



SEÑORA JULIA HELENA ACEVEDO DE MARTÍNEZ DE HOZ.
ESTANCIA DE CHAPADMALAL.



SEÑORITA TONI QUIÑONES DE LEÓN, SEÑOR NARCISO OCAMPO, SEÑORA ERICILIA C. H. DE ANCHORENA, SEÑORA MARÍA JULIA M. DE H. DE SALAMANCA, SEÑORA JOSEFINA AYERZA DE SEGURA, SEÑOR LUCIO LÓPEZ.



MERCEDITAS PEÑA UNZUÉ Y MECHITA ALVEAR, PASEANDO EN CARRUAJE POR LAS AMPLIAS Y HERMOSAS AVENIDAS DEL PARQUE, EN LA RESIDENCIA VERANIEGA DE CHAPADMALAL.



mina el lejano horizonte, más allá del florido cercado que limita las hectáreas reservadas para jardines a la francesa, para canchas de *croquet* y *tennis*, y desde donde pueden distinguirse aún las claras siluetas de los jugadores en los pintorescos links, donde se organizan interminables partidas de golf...

¡Cuán intensa simpatía me inspiran estas fervientes amigas del campo, o mejor dicho, de la tierra y del aire libre, gozosas de vivir prolongada estancia en el hogar fundado en *tierra suya*, y que practican la amplia, tradicional hospitalidad argentina con toda la espontaneidad y el irresistible encanto de la criolla, que ama las dotes de un espíritu selecto, a su gracia proverbial y a su elegancia! Ellas han sabido comprender que el agradabilísimo privilegio del veraneo en sus vastas posesiones, tiene también obligaciones ineludibles: al amar esa tierra, «madre, nodriza, maestra consoladora, cuna y sepulcro», que es también «fuente de salud y manantial de serena alegría», inculcan en los suyos el noble afán de conservar ese hogar iluminado por la continua presencia de su inteligente *châtelaine*...

Ilustran hoy esta breve reseña de la vida de nuestras estancias, paisajes y escenas que parecen sorprendidos en alguna histórica residencia europea, cuando la Duquesa de Uzés, el Marqués de l'Aigle, o los Duques de Marlborough congregan en sus regias moradas a la *fine fleur* de todas las aristocracias: Chapadmalal, y Miraflores... Argentinos e ilustres personalidades extranjeras conocen la tradicional hospitalidad de esas estancias en las que se instalan por largas temporadas sus interesantes y cultísimas castellanas; la proximidad del Biarritz argentino, obliga más aún, si cabe, la suntuosa hospitalidad de los señores Martínez de Hoz. Se congrega periódicamente en Chapadmalal, brillantísimo núcleo de nuestra sociedad; suntuosos almuerzos en el hermoso castillo, cuya arquitectura reproduce el grandioso estilo de «Carlos II»; partidas de polo, excursiones en auto, accidentadas cacerías... Se baila en pleno parque, vibra en la espesura de los bosquecillos el eco de alegres risas; se sueña también más allá, alejándonos por enarenado y sombrío sendero...



SEÑORA LUCRECIA GUERRICO DE RAMOS MEJÍA.

ESTANCIA DE MIRAFLORES.
VISTA DE LA CASA.



SEÑORA CARMEN PÉREZ CATÁN DE FACIO.

la exquisita cultura de la bella castellana, doña Lucrecia Guerrico de Ramos Mejía, personalidad tan destacada en la alta sociedad argentina.

Otras ocupaciones llenan también el espíritu y el corazón de ciertas privilegiadas de la fortuna, que parecen saldar gustosas la deuda contraída al nacer en la opulencia... Por eso recuerdo otra vieja estancia criolla, camino del Sud, «Las Jucas». Veo agrupadas al lado de antiquísima fuente de piedras y bajo la sombra de sus palmeras, nutrido grupo de jovencitas, vestidas de blanco y cubiertas con el velo de la primera comunión, y es que la gentil castellana de «Las Jucas», la que llaman en la región *la niña*, y que es hoy la señora Carmen Pérez Catán de Facio, ha llevado a cabo en la vieja estancia paterna una obra de previsión social digna de ser imitada; dedicó a ella los meses de descanso del estío; se trata de la sencilla escuela veraniega... Tan noble y generosa iniciativa, a favor de nuestras campesinas, influirá provechosamente en miles de mujeres, en esas humildes mujeres de las que no alcanzan a ocuparse las organizaciones benéficas y de las que depende en gran parte, sin embargo, el mejoramiento de la raza y el progreso del

país. «La campesina es como el niño, fácilmente se impresiona... En su alma descansan nobles sentimientos, gérmenes de virtudes; hay que despertarlos revelándole los principios religiosos y morales, con *carinho* y con verdadero convencimiento; de este modo se levantará en su espíritu una verdadera fortaleza, resguardo de su honestidad...» (2)

Y esto no es una hipótesis... He podido comprobar la transformación de muchos humildes hogares, gracias a la influencia de la pequeña escuela veraniega, creada y dirigida por la generosidad y la perseverancia de las estancieras argentinas que han sabido comprender las responsabilidades que corresponden a las que han sido privilegiadas de la fortuna.

(1) Jules Huret: En Argentine.

(2) Trabajo presentado por la señorita Carmen Pérez Catán, en agosto de 1917 al Centro de Estudios «Blanca de Castilla».



-PLUS ULTRA-

Modas



MODELO EMPIRE: ELEGANTE SALIDA DE TEATRO, CONFECCIONADA EN DRAP SATÍN VERDE, EMPIECEMENT DE LAMÉ D'OR Y PIEL DE TOPO «CENDRE», ENTERAMENTE FORRADO DE SATÍN LIBERTY.



PRECIOSO MODELO EN SATÍN TÊTE DE NÈGRE, ADORNADO CON BANDEAU DE PLUMA DE AVESTRUZ, CREACIÓN DE LA MAISON «LUCIE HAMAR».



MODELO EN PANNE RASSÉ PRECIOSAMENTE ADORNADO CON AIGRETTES, CREACIÓN DE LA MAISON «CAROLINE REBOUX».



MODELO DUCHESSE: REGIO TRAJE DE BAILE CONFECCIONADO EN SATÍN «GIOCONDA», ADORNOS DE ENCAJE «OR ANCIEN» Y GALÓN DE ASSTRAS.

-PLUS ULTRA-



FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

Srta.

Mrs. Isabel Pearson Quintana

RISAS INFANTILES



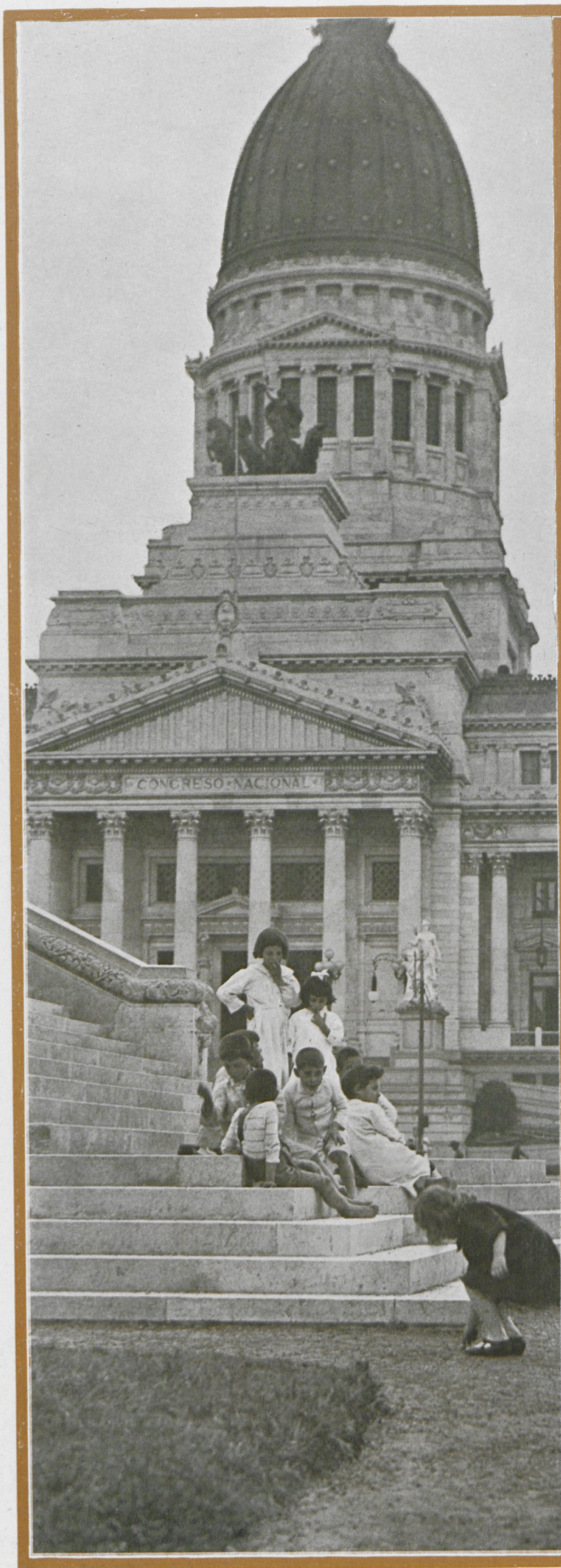
ES muy hospitalaria la monumental tribuna que, frente a la morada de los actuales parlamentarios, elevó el país en homenaje a sus primitivos legisladores. Podéis discutir su belleza, pero no regatearle la cristiana virtud que la hace única entre todos los monumentos de la ciudad. Es hospitalaria, «practicable», como algunas decoraciones de teatro, y no refleja el egoísmo.

Tiene tres escalinatas majestuosas que conducen a una azotea amplia. Cuando las personas mayores no la invaden desalojando a las personitas menores, las tres escalinatas y la azotea caen bajo el dominio absoluto de los niños.

Recordad vuestra vida infantil, y comprenderéis cuanto partido hubiera sacado vuestra fantasía de este espléndido monumento. Comprended, pues, las delicias gozadas por los chiquitines que todos los días se apoderan de aquel altar de los próceres, como lili-putienses en país de gigantes.

Las escalinatas conducen a un palacio, son palacios ellas mismas o casas donde se juega a las muñecas. A veces allí se realizan asaltos guerreros al castillo en el aire que los hombrecitos construyen. Una suave y alegre parodia del mundo grande y triste tiene por escenario aquel monumento glorioso.

Unico entre todos, el de «Los Dos Congresos» soporta plácidamente, íntimamente, el bullicio infantil. Y la tumba espiritual de los primitivos legisladores nacionales se cubre de vida fresca, juguetona, hermoso homenaje que gorriones y palomas humanos ofrendan a los cóndores de la Libertad argentina.



La gente chic fuma
cigarillos
Reina Victoria



LA EXTRAVAGANCIA EN EL ARTE



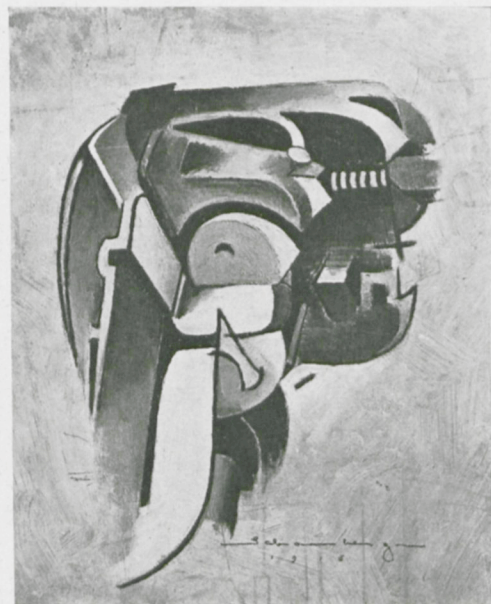
BARQUEROS, ÓLEO DE HORACE BRADZKY.

A tal punto han llegado las cosas del Arte, que ya resulta un arduo problema distinguir lo bueno de lo malo y lo feo de lo hermoso, lo verdaderamente inspirado de lo grotesco.

En presencia de un cuadro hecho a fuerza de chafarrinones sobre palotes que un lápiz infantil trazó, nadie sabe si se trata de obra genial o de insigne mamarracho ya que el vulgar «cuentero» también opera en las regiones del arte pictórico.

Los maestros antiguos, y los modernos que siguen la escuela clásica, pintaron tratando de reproducir el original, imitando la naturaleza. Donde había carne, pusieron carne; donde cabello, cabello, etc. Y tanto era su afán porque el retrato y el paisaje tuviesen vida, que algunas veces caían en una meticulosidad algo empalagosa. ¿Pero no es preferible esto a pintar dislocadamente y sin saber dibujo? Tal vez sí, tal vez no. Pues existen millares y millares de personas que rinden culto a la extravagancia, prefiriendo las pinturas de monigotes malísimos a los acabados trabajos de artistas honestos, entusiastas, dignos.

Por eso hay seres que, en broma y en serio, aplauden las telas de futuristas como los que se presentaron en el Salón «The Penguins» que se celebra todos los años en Nueva York.



ALAMBIQUE, POR MORTIMER SCHAMBERG.

Renovación de cutis por absorción

(DEL «WOMAN'S MAGAZINE»)

Si su cutis está estropeado, con palidez, manchas, barrillos o pecas, de nada sirve que use usted polvos o pinturas, lociones, cremas y otras cosas para hacer desaparecer estos fastidios. A menos que tenga usted la habilidad de un artista, desfigurará su apariencia mucho más.

El nuevo método racional, es quitar el cutis mismo con todas sus faltas ofensivas.

Cómprese un poco de cera mercolizada en una botica, y úsese por las noches, lo mismo que si fuera cold cream. Quítese por la mañana con agua y jabón, y un salpicón de agua fría.

La cera mercolizada absorbe la banda mortecina de piel en pequeñas partículas, de manera que nadie nota que está una arreglándose la cara, a no ser por su resultado que es verdaderamente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis saludable y hermoso.

COLLARD & COLLARD

BREYER Hnos.

FLORIDA, 414. BUENOS AIRES

Inauguración

LA IMPORTANTISIMA SECCION DE

TEJIDOS

DE SEDA, DE LANA Y DE ALGODON

RECIENTE INAUGURADA EN NUESTRA CASA, ABARCA LOS SURTIDOS MAS COMPLETOS EN CALIDADES Y GUSTOS SELECCIONADOS EN LAS MEJORES FABRICAS EUROPEAS.

Los bajisimos precios fijados a nuestros TEJIDOS constituyen una ventaja que nos sería grato se sirviera Vd. comprobar.

Casa Argentina Scherrer
161 Suipacha-185
U. Telef. 1382 y 3534, Libertad.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN TODA LA REFÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/1.
Semestre (6 ").....	" 6.— "
Año (12 ").....	" 11.— "
Número suelto.....	" 1.— "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	" 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

*Aguas de Colonia
Destiladas sobre flores*

LE SANCY
Hora
Kendal
Duc



LOCIÓN
«LE SANCY»
DE RICA E INCONFUN-
DIBLE FRAGANCIA.

\$ 2.65



«LE SANCY»
SIMPLE

IDEAL PARA EL BAÑO.

FRASCO GRANDE
\$ 3.20

FRASCO MEDIO
\$ 1.95

FRASCO CUARTO
\$ 1.45

FRASCO CHICO
\$ 0.45

«KENDAL»
EXQUISITA Y SUAVE
FRASCO GRANDE
\$ 5.50
LOCIÓN... \$ 3.30



«LE SANCY»
AMBREE

DELICIOSA PARA EL
TOCADOR.

FRASCO GRANDE
\$ 5.30

FRASCO MEDIO
\$ 3.10

FRASCO CUARTO
\$ 1.90



«DUC»

ÚNICA POR SU DELI-
CADO AROMA.

FRASCO GRANDE
\$ 5.50



«NORA»
EXTRA FINA

FRASCO GRANDE, \$ 7.—
FRASCO MEDIO, \$ 4.30

BLAS L. DUBARRY
MEDRANO, 476
BUENOS AIRES

Teatro Odeón

TEMPORADA OFICIAL DE 1918.

COMPañÍA DRAMÁTICA

MARIA GUERRERO
FERNANDO DIAZ DE MENDOZA

ANDRÉ BRULÉ - VERA SERGINE

Conciertos DE ARTUR RUBINSTEIN



MARÍA GUERRERO.



FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.



ANDRÉ BRULÉ.



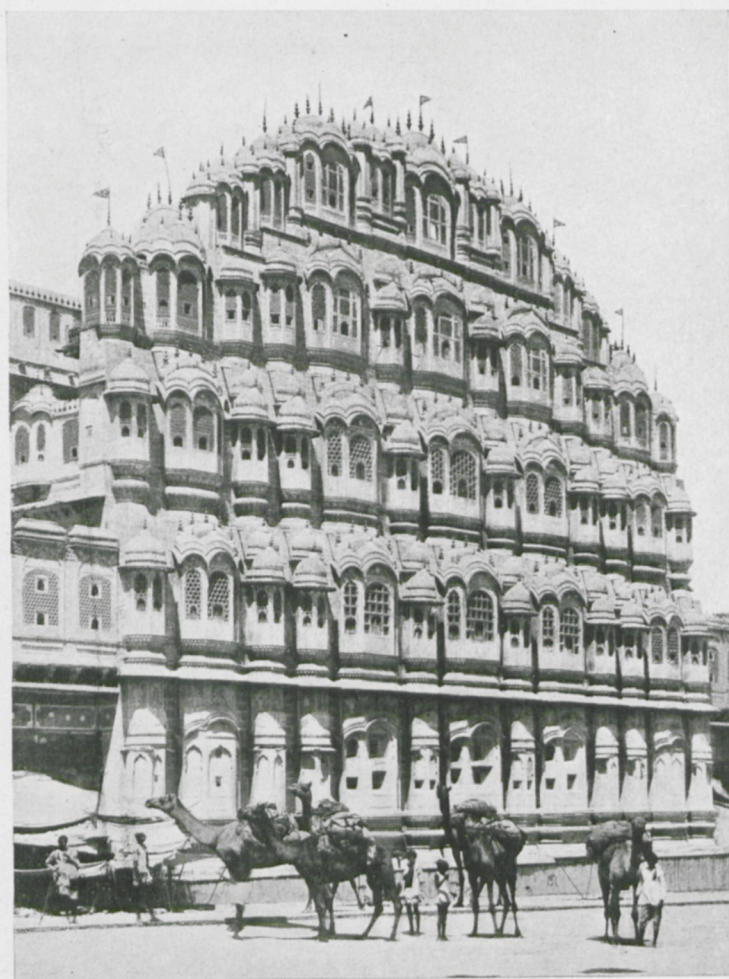
VERA SERGINE.



ARTUR RUBINSTEIN.

HABIENDO TERMINADO EL PLAZO PARA LOS SEÑORES ABONADOS DE LA TEMPORADA ANTERIOR, SE RUEGA A LAS PERSONAS QUE HAYAN RETENIDO LOCALIDADES PARA LA PRÓXIMA TEMPORADA, SE SIRVAN RETIRARLAS EN LA ADMINISTRACIÓN DEL TEATRO.

EL PALACIO DE LOS VIENTOS



Una de las maravillas arquitectónicas más visitadas por los turistas es el Hawa Mahal o Palacio de los Vientos, en la ciudad de Yeipur, India Inglesa. Este edificio forma parte del palacio de los maharajás, soberanos del principado de Yeipure, y fué construído por Jey Sing, fundador de la ciudad, en 1728. Por lo tanto, viene a ser una de las más modernas obras del genio indo, cuya antiquísima civilización produjo admirables edificaciones.

Jey Sing, a principios del siglo XVIII, cuando nadie había pensado en dar enorme altura a las viviendas, construyó un verdadero rascacielos. El espíritu innovador del monarca indio adelantóse a su época, no sólo en la edificación de este palacio, sino también en la fundación de la misma ciudad de Yeipur. El plano de ésta puede compararse al de las villas americanas modernas. Las calles se cruzan en ángulo recto y se divide en seis partes simétricas.

Dice la tradición que Jey Sing estaba descontento de la antigua capital del maharajato, Amber. En Amber no había calles rectas; aquel cúmulo de recovecos y callejuelas no satisfacía los gustos del soberano, amigo de la luz, de la higiene y del lujo. Y concibió el proyecto de edificar una ciudad que respondiese a sus deseos. Para ello, a fuerza de dinero y del trabajo de los esclavos, edificó de una vez y calladamente la ciudad de Yeipur. Cuando todo estuvo terminado, comunicó a sus ministros y a todo el personal de la Corte, que la residencia real se trasladaba a Yeipur. Tal decisión no fué del agrado de los cortesanos, que como buenos siervos de la tradición, preferían la Amber a todas las ciudades de la India. Hubo hasta conatos de conspiraciones y se asegura que Jey Sing se vió obligado a emplear la amenaza para conseguir sus propósitos.

Pero cuando los intransigentes conservadores llegaron a Yeipur, el descontento se transformó en admiración: la ciudad era superior a todo cuanto la fantasía oriental pudiera soñar, sobre todo el Palacio de los Vientos, con sus nueve pisos, su fachada de estuco blanco y rosa, sus cúpulas ligeras, elegantes, y la decoración exquisita del frente, modelo de decoraciones.

Los viajeros, que comparten con los familiares de Jey Sing esta admiración, se hacen lenguas de la belleza sorprendente del encantado palacio. « Visión de una gracia atrevida y delicada, — dice sir Edwin Arnold, — nueve pisos de albañilería color rosa, con exquisitas galerías suspendidas y tribunas con celosías figuran tras ringleras de ingeniosa arquitectura, remontándose en forma de pirámide, una verdadera montaña de belleza aérea y audaz, a través de cuyas mil aberturas y arcos dorados, el fresco aire de la India sopla sobre las aplastadas bóvedas de las construcciones más altas. El mago de Aladino no hubiera levantado una residencia más maravillosa, ni el palacio de perlas y plata del Peri Banu fué más delicadamente encantador. »

Muebles de Epoca

De los Siglos XVII y XVIII



Esta artística mesa de estilo "JACOBINO", tallado a mano, da una idea de la solidez y perfección de los muebles que se exhiben en nuestra EXPOSICION, cuyos modelos están tomados de auténticas antigüedades célebres. En nuestros Salones de Venta exponemos una variedad infinita de muebles para todas las habitaciones de una mansión moderna, especialmente seleccionados y cuyo arte exquisito satisface las exigencias del más refinado buen gusto.

Thompson
Muebles Ltda.

833, Florida

Buenos Aires



Muebles

norteamericanos
para escritorios

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

Aquí tiene usted una fortuna!



Establecido
hace 30 años

HUEVOS para empollar.

POLLOS de 1 a 5 meses.

CONEJOS importados.

COLMENAS y ABEJAS.

AVES de raza pura, 100 clases distintas

INCUBADORAS modernas.

GATOS de Angora y Persia.

APARATOS Y UTILES PARA LA INDUSTRIA
LECHERA Y FRUTICULTURA

PIDAN CATALOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS
EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

PNEUMÁTICOS

DUNLOP

PREFERIDOS

FOR SU

SEGURIDAD Y DURACIÓN

NUEVO DOMICILIO

1299, VIAMONTE, 1299

UNION TELEFONICA, 6301, JUNCAL

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómense un vaso
de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

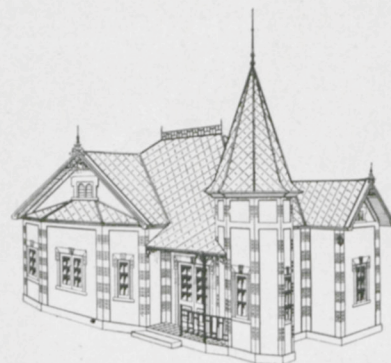
se habrá vuelto
hervorosa y refrescante.
Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar. De tomar agradable-seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana, es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡Ojo con las imitaciones! Nuestra marca de fábrica está registrada.

Véndese en todas las farmacias.

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"



Este precioso chalet por \$ 6.800 m/n. como reclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATALOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - u. t. 5448, LIB.



MAGNÍFICO
SALÓN COMEDOR
ESTILO
«GEORGIAN»
QUE CONSTRUYE
LA CASA
WARING Y
GILLOW LTDA.
EN EL PALACIO DEL
SEÑOR DANIEL
ORTIZ BASUALDO.

Es una primicia la que ofrecemos en esta página a los buenos catadores de arte. Bastaría una ligera observación, para apreciar la magnitud de esta obra, la más perfecta, acaso, en su género, que se ha realizado entre nosotros. El aspecto de grandiosidad que ofrece y la perfección y pureza de las líneas, hablan al espíritu de una bella concepción, ejecutada por verdaderos artistas y causará asombro, cuando se sepa que en ella, como en otras, han intervenido artistas y operarios argentinos, lo que es sin duda, una revelación de nuestros adelantos industriales.

Es plausible el esfuerzo, y el aplauso debe de repartirse entre la casa WARING y GILLOW y el Sr. Ortiz Basualdo, porque si los primeros poseen elementos tan sobresalientes, para dar

cima a semejantes construcciones, el segundo demuestra un espíritu selecto, dedicando al embellecimiento de su mansión — mansión Argentina — una atención preferente, que constituye un estímulo para los artistas, y un ejemplo digno de imitación para los favorecidos por la fortuna. Consideramos que esta obra, es la más completa e importante que se ha hecho en el país, por sus proporciones, por la hermosura y propiedad de los detalles, por el colorido y por la seriedad del estilo.

La casa WARING y GILLOW, puede estar satisfecha de haber acometido con tanto éxito este verdadero «cappo lavoro», que, una vez terminado, debería librarse a la admiración pública como una contribución a la educación artística del pueblo.

**PHILIPS
ARCA**

LAMPARITA DE ALTA CALIDAD

Fabricantes: PHILIPS Ltd. — Agentes: BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD

PHILIPS ARCA
TIPO 2 WATT

D. MAZZA



Ply
Vltra

